
BOLSILIBROS BRUGUERA
Selección
TERROR
CLUB PARA GENTE ENCANTADORA
LOU CARRIGAN


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

243 — La sangre exige un precio, *Ralph Barby*.
244 — Camino a ninguna parte, *Clark Carrados*.
245 — El embrujo de Satán, *Burton Hare*.
246 — Han llegado los espectros, *Ralph Barby*.
247 — La doble vida de John Parr, *Clark Carrados*.

LOU CARRIGAN

# CLUB PARA GENTE ENCANTADORA

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 248
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 35.199 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1977



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1977

# PROLOGO

La hermosa muchacha de largos cabellos y ojos azules cruzó el umbral de la puerta, mirando hacia atrás, sonriendo a alguien que estaba tras ella, y que le había abierto la puerta. Todavía mirando hacia atrás, dio un par de pasos adentrándose en la habitación..., y entonces, para su sorpresa, la puerta se cerró, dejándola sola allí dentro.

Por un instante, la sorpresa impidió a la muchacha reparar en nada más.

¿Qué ocurría? ¿La llevaban allí, luego cerraban la puerta y la dejaban sola? ¿Por qué habían...?

Muy pronto se dio cuenta de que estaba en un extraño lugar.

Por lo menos, poco usual.

Estaba en una habitación cuyas cuatro paredes, incluida la parte interior de la puerta,, eran espejos.

Espejos.

Solamente espejos, todo espejos.

Estupefacta, estuvo unos segundos mirando a su alrededor, contemplándose a sí misma en interminable cantidad de imágenes. Cientos, miles de imágenes de ella, que se reproducían hasta el infinito.

Era una hermosa muchacha, muy joven. Tenía dos pequeños limares en la barbilla, bajo la comisura derecha de la boca. Una boca gordita y tierna, húmeda. Su cuerpo era espléndido, y se podía ver perfectamente, puesto que sólo llevaba cubriéndolo las dos prendas íntimas, de color azul... Era una joven escultural, rubia, de ojos azules.

Después de mirar a su alrededor y contemplarse a sí misma tantas veces reflejada, se volvió hacia la puerta. Su boca se abrió, pero no se oyó sonido alguno. La muchacha estaba llamando a alguien, pero no se oía su voz. Las venas de su cuello se hincharon visiblemente cuando insistió en sus llamadas, ya gritando... Si, debía estar gritando, pero su voz no se oía.

Sus ojos comenzaron a desorbitarse, sus facciones se desencajaban, en sus gestos, mezcla de irritación y temor. Se acercó al espejo que forraba la puerta por dentro y comenzó a golpearlo, mientras gritaba cada vez con más fuerza..., sin que se oyese el menor sonido.

Ni siquiera se oían los golpes de sus pequeños puños contra el espejo.

No se oía nada.

A los pocos segundos, la muchacha debió convencerse de que aquella puerta no sería abierta, al menos por el momento, y se volvió de nuevo hacia el centro del cuarto de los espejos. Parecía que estaba esforzándose en no perder la serenidad. Sí, se estaba diciendo a sí misma que debía tener calma, y no ponerse nerviosa. Por su expresión, parecía estar llegando a la conclusión de que aquello no podía ser otra cosa que una broma.

Bueno, no es ninguna broma excesivamente pesada encerrar a una persona en un cuarto cuyas paredes están recubiertas de espejos...

De pronto, la muchacha alzó la cabeza, mirando hacia el techo. No se

había oído nada. Pero ella miró hacia el techo..., y en seguida su rostro se crispó en un gesto de terror, sus pies retrocedieron hacia la puerta, su cuerpo casi perdió el equilibrio..., mientras por el agujero que había aparecido en el techo entraban en el cuarto de los espejos diez o doce pequeños murciélagos, que comenzaron a revolotear velozmente por todo el cuarto, multiplicándose en los espejos.

La muchacha había llegado a apoyar su espalda en uno de los espejos. Escondió el rostro entre las manos, y su cuerpo se estremeció. Al parecer, estaba sollozando, pero nada se oía. Los murciélagos iban de un lado a otro con su sorprendente velocidad, efectuando rapidísimos cambios de dirección en su vuelo. Posiblemente, la intensa luz que no se podía ver de dónde brotaba, los tenia deslumbrados, pero ellos no necesitaban luz para volar sin tropiezo alguno. Les bastaba su «radar», que percibía los obstáculos, y su fantástica rapidez de reacción para evitar tales obstáculos.

Seguían volando, volando, volando...

La muchacha apartó las manos de su rostro, y miró hacia arriba con la expresión de quien espera que aquello no sea verdad, que haya sido una alucinación pasajera... Pero allá estaban los murciélagos. Allá estaban.

Y de nuevo el gesto de terror apareció en el rostro de la joven; rubia, escultural, joven. Su boca estaba abierta al máximo, desencajada. Otra vez estaba gritando, desde luego, con todas sus fuerzas, pero nada se oía. Nada, nada, nada. El gesto de terror de la muchacha era espeluznante. Algunos murciélagos se acercaban a ella volando con aquella sorprendente velocidad, con agilidad podía decirse. Parecía que fuesen a chocar contra la muchacha, pero, cuando ella gritaba (¿?) considerando que esto era ya inevitable, desviaban su trayectoria, parecía que fuesen a estrellarse contra uno de los espejos, y volvían hacia atrás...

La muchacha comenzó a dar manotazos al aire, siempre gritando (¿?) enloquecida, dando saltos para evitar choques que no habían de producirse. Así, se encontró en el centro del cuarto de los espejos, girando, lanzando sus manotazos a todas partes, lívido su desencajado rostro.

De pronto, quedó completamente inmóvil, mientras sus ojos giraban hacia todos lados, hacia las paredes. No hacía falta que se oyera su voz para saber lo que pensaba, lo que estaba buscando. La puerta. ¿Dónde estaba la puerta, en cuál de aquellas paredes, cuál espejo era el de la puerta...?

Se lanzó contra uno de los espejos, y comenzó a golpearlo, siempre gritando, sin que se oyesen ni su voz ni sus golpes.

Y mientras ella estaba golpeando en uno de los espejos que no era el adecuado, la puerta volvió a abrirse, a su derecha. La muchacha debió oír algo, porque volvió la cabeza hacia allí, con una grandísima expresión de esperanza, de alivio..., que se convirtió en el acto en la más grande expresión de terror, de locura, al ver aparecer al primer ser que entró en el cuarto.

Era un monstruo. Sólo así podía definirse. Un auténtico monstruo.

Era de baja estatura, grueso, y su cuerpo era de color verde, cubierto

completamente de escamas. Su cabeza era de pez, y sus ojos parecían ciegos, de celuloide. Su cuerpo no tenía brazos, y apenas piernas; sólo dos pequeñas extremidades que parecían aletas.

Detrás de este monstruo entró otro.

Este era gigantesco, y parecía exactamente un gorila.

Un gorila de dos metros, por lo menos.

Y detrás del gorila entró otro ser, otro monstruo. De cintura para arriba parecía un pulpo. De cintura para abajo, tenía diez o doce patas que parecían de araña.

Y todavía entró otro monstruo, de color rojo, con cuatro ojos en la frente, y cuatro brazos y cuatro piernas, fino y liso como si fuese de finísima goma.

Este monstruo fue el que cerró la puerta, con un brusco gesto de uno de sus cuatro brazos, con un fuerte golpe de una de sus enormes manos rojas, sin uñas, sin vello, de dedos muy largos.

Y sólo al cerrarse la puerta la muchacha pudo reaccionar lanzando un nuevo grito que no se oyó, mientras se llevaba las manos a la cabeza, y se daba fuertes tirones de sus bonitos cabellos rubios. Su gesto de terror era indescriptible, alucinante.

Los murciélagos seguían volando.

El monstruo-pez, de color verde, comenzó a acercarse a la muchacha, con pasitos cortísimos de sus aletas. El gorila gigantesco comenzó a dar saltos, lanzando airados manotazos hacia los murciélagos. El pulpo-araña comenzó a desplazarse rápidamente de un lado a otro, al parecer sin objeto, por el simple deseo de caminar, de utilizar sus diez o doce patas. El monstruo de color rojo con cuatro brazos, cuatro piernas y cuatro ojos se abalanzó hacia la muchacha rubia, de un modo torpe, colgando sus miembros como si no tuviesen vida, dando latigazos de un lado a otro...

La muchacha se apartó, y el monstruo se dio de bruces contra uno de los espejos, y cayó de espaldas. El pulpo-araña giró su cuerpo hacia la muchacha, mientras el monstruo rojo se incorporaba lentamente, como arrastrando sus miembros, mirando con sus cuatro ojos a la muchacha, que huía eludiendo al pulpo-araña...

Huía tan enloquecida que fue a chocar de frente con el monstruo de color verde en forma de pez, contra el cual rebotó, y cayó de espaldas. Justo entonces, el pulpo- araña llegaba junto a ella, de modo que la muchacha se encontró bajo sus diez o doce patas. Su boca se desencajó en un horrendo grito de angustia..., que tampoco se oyó. Giró hacia un lado, salió de entre las patas del pulpo-araña..., y al ponerse en pie se encontró entre los brazos del monstruo rojo de cuatro ojos, que lanzó dos manotazos y arrancó las pequeñas prendas que cubrían el cuerpo femenino.

Entonces, el gorila dejó de dar manotazos hacia los murciélagos, se volvió y mostró su roja boca abierta, provista de poderosísimos colmillos. Se acercó allá, derribó de un golpe al pulpo-araña, arrancó a la muchacha de los brazos del monstruo rojo, y la cobijó en los suyos, apretándola con fuerza contra su

pecho.

La grandiosa boca del gorila cayó sobre la de la muchacha, en un beso espantoso. Ella intentaba desasirse, pero era completamente imposible. Lo estaba intentando con todas sus fuerzas, pero jamás lo lograría. Jamás, jamás, jamás...

El gorila dejó de besarla, la apartó un poco y la miró. Ella gritaba, gritaba, gritaba..., en silencio. Y de pronto, lanzó un golpe contra la cara del gorila, que quedó bruscamente inmóvil. La muchacha sólo quería soltarse. Soltarse a toda costa, y debió considerar que su golpe había hecho mella en el gorila, porque lo repitió. El caso era soltarse, salir de entre aquellos brazos horrendos de fuerza monstruosa.

Así que lanzó otro golpe, y otro, y otro, y otro...

Una mano del gorila soltó su cintura, y ascendió hacia el blanco cuello femenino. Luego, cuando los negros y peludos dedos se hubieron cerrado como un garfio en la delicada garganta, la otra mano se unió, cerrando poderosamente el dogal. El gorila atrajo a la muchacha como si fuese una muñeca, y la volvió a besar. Ella seguía golpeando, ya no sabía dónde.

Y al parecer, el gorila se enfadó.

Apretó el cuello de la muchacha, cuyo rostro pareció hincharse bruscamente. La boca se abrió hasta el límite, los ojos casi salieron de las órbitas, la lengua apareció, horrenda, como disparada desde dentro... El gorila sacudió a la muchacha, ya muerta, y finalmente la alzó con una mano en el cuello y la otra en una pierna, y la dejó caer sobre una de sus rodillas. La muchacha pareció una simple astilla que se partía en dos, y entonces el gorila la tiró a un lado, como si fuese un juguete roto que ya no sirviese de nada, y se dedicó de nuevo a cazar murciélagos.

Allí, nadie hacia caso del espantoso gesto de muerte de la rubia, joven, escultural muchacha.

# CAPITULO PRIMERO

El muerto era lord Wilkesham, y yacía como un muñeco de cera en un confortable sillón de terciopelo color granate, más bien horrendo, sórdido, como todo el decorado del amplio apartamento en aquel viejo edificio ubicado en Ansdell Street, Kensington, Londres.

El edificio era viejo, los apartamentos eran viejos, los muebles eran viejos..., y el muerto era viejo.

Colocado frente a él, junto a la pequeña pantalla para cine casero, el joven inspector Chesney, de New Scotland Yard, le contemplaba atentamente, con la cabeza ladeada, los ojos entornados. Abel Chesney había visto muchas cosas desde que, a los veintiún años, es decir, hacía catorce, había ingresado en la policía. Muchas, muchas cosas. Incluso, por supuesto, víctimas de asesinato.

Pero nunca, nunca, nunca, había visto tal expresión en el rostro de un cadáver. La de aquel cadáver lo tenía entre intrigado y sobrecogido. Especialmente, sobrecogido. Lord Wilkesham tenía la boca y los ojos abiertos, crispado todo el rostro en una mueca que Abel Chesney no se atrevía a definir, ya que le parecía más de placer que de angustia, dolor o miedo.

Una mueca de placer en un hombre que había encontrado la muerte de pronto, sentado en su sillón preferido y contemplando sin duda una película familiar de gratos recuerdos. Esto quizá podía ocasionar la expresión de placer, pero, por mucho placer que experimentase una persona, debía decrecer no poco ante la llegada súbita de la muerte... Una llegada poco amable, a juzgar por la distensión de las facciones desencajadas, la boca abierta, los ojos poco menos que fuera de las órbitas... Todo ello, indicaba un gran dolor súbito, sin duda alguna. Pero, pese a todo, la expresión de lord Wilkesham seguía pareciéndole de placer a Chesney.

Era inquietante, incluso espeluznante.

Por fin, apartó la mirada de aquel rostro, y se fijó en el cadáver, en su postura. Sentado en el sillón, con una pierna sobre un escabel también torrado de terciopelo rojo; el pie estaba vendado. En el suelo, cerca del brazo derecho del sillón, había un bastón.

El mayordomo había explicado todo aquello: lord Wilkesham padecía de gota desde hacía algunos meses, apenas salía del apartamento al principio y se había recluido completamente por fin, hacía ocho o diez semanas. Solamente podía caminar por el apartamento, y muy poco, ayudándose del bastón.

Eran las siete menos cuarto de la mañana, y Chesney, que salía de su turno nocturno a las ocho, se había encontrado con aquel... regalito cuando ya se las prometía de lo más felices. Pero en modo alguno se sentía disgustado o tan siquiera contrariado: aquél era su trabajo, y siempre, siempre, lo había hecho del mejor modo posible. Por eso había ascendido, por eso era uno de los inspectores más jóvenes y apreciados en Scotland Yard. Era un profesional

consciente y concienzudo de la investigación.

Sólo que, en aquella ocasión, realmente, poco habría que investigar, al parecer. Al menos, ésta fue la impresión general y lógica de todos cuando el médico que acudió por fin al apartamento, tras examinar el cadáver dijo:

—Colapso cardiaco. Sin la menor duda. Unas diez horas.

—Gracias —murmuró Chesney—. ¿Podemos seguir con todo esto unos minutos, antes de que se lleven el cadáver?

—Desde luego.

Naturalmente, se habían tomado fotografías de todo el saloncito, y del resto del apartamento. Luego, una vez examinado el cadáver, se procedió, un tanto indiferentemente, a la búsqueda de cualquier otro indicio que pudiese resultar extraño, aunque nadie esperaba sorpresa alguna en aquel caso: el pobre hombre había fallecido de un ataque al corazón, y esto era todo.

Y la verdad es que incluso Abel Chesney estaba convencido de ello...

Miró la pequeña pantalla, y luego el proyector que estaba detrás de lord Wilkesham, colocado sobre un trípode de modo que quedaba por encima del respaldo del sillón. Así, la proyección pasaba por encima de su cabeza y aparecía en la pequeña pantalla. Mala suerte: un pobre anciano aquejado de gota muere contemplando una de sus preferidas películas familiares... Mala suerte.

Chesney se acercó a la ventana, y miró hacia la calle, mientras encendía un cigarrillo. Bien..., a todo el mundo le llega su hora, un día u otro. Y al parecer, lord Wilkesham no había llevado mala vida. Otros mueren habiéndolo pasado mucho peor en su tránsito terrenal.

Aún no era de día, y afuera debía hacer todavía un poco de fresco en aquella mañana de setiembre, en la que quedaba una ligerísima muestra de neblina. Chesney conocía Londres muy bien, y sabía que aquél sería un hermoso día. Hacia, las nueve, se vería perfectamente el sol, el aire estaría despejado y tibio. Un hermoso día.

Se volvió, y se quedó mirando al ayuda de cámara de lord Wilkesham, que permanecía inmóvil cerca de la puerta, sin saber qué hacer, contemplando la labor de los hombres que habían llegado con Chesney. El ayuda de cámara se llamaba Oliver Dawson, y era quien había telefoneado a Scotland Yard.

—Señor Dawson.

Este volvió la cabeza hacia el inspector Chesney, un poco sobresaltado, muy abiertos los ojos. Captó la seña, y se acercó un tanto encogido, mirando de reojo un par de veces hacia el cadáver.

—Diga, señor —murmuró.

—Nos ha dicho usted que tenía la noche libre, que se marchó hacia las ocho de la noche, después de servir la cena a lord Wilkesham. ¿Cierto?

—Cierto, señor.

—Volvió usted hacia las seis y media, vio encendida la luz del proyector, y, pensando que lord Wilkesham se había quedado dormido en el saloncito, vino por si convenía abrigarlo con la manta. Entonces, se dio cuenta de que

estaba muerto.
—Sí... Sí, señor. No sabía qué hacer, así que opté por llamarlos a ustedes.
—Está bien. Dígame una cosa, señor Dawson: ¿le pareció oportuno dejar solo a lord Wilkesham anoche, aunque tuviese usted su tiempo libre?
—Me... me parece que no entiendo bien...
—Quiero decir que posiblemente lord Wilkesham ya se encontraba indispuesto, o... Bueno, quizá estaba en unas condiciones poco apropiadas para dejarle solo.
—Oh, no... No, señor. Cada semana, yo tengo una noche libre, y lord Wilkesham nunca ha objetado nada a mis salidas. Además, salvo la gota, lord Wilkesham estaba perfectamente.
—¿Cómo, perfectamente? —alzó las cejas Chesney—, ¡ Yo diría que su corazón no estaba demasiado perfectamente, señor Dawson.
—Bueno... Le aseguro que yo no temía en absoluto que pudiese suceder algo así, inspector. Es más, lord Wilkesham parecía siempre deseoso de que yo saliese. Quizá le parezca sorprendente, pero él se mostraba más impaciente que yo para que me marchara del apartamento. Así que entre eso, y mis propios deseos de salir a dar una vuelta, no me parecía mal dejarlo solo.
—Entiendo. Usted regresó hacia las seis y media... ¿No le parece un poco tarde, señor Dawson?
—Lord Wilkesham y yo habíamos convenido que mi hora de regreso podía ser incluso a las ocho de la mañana. O sea, que aún pude haber venido hora y media más tarde.
—Claro. ¿Tiene usted familia fuera de Londres, o...?
—No, señor. No tengo a nadie —Oliver Dawson enrojeció un poco—. Simplemente, soy un hombre todavía joven que gusta de divertirse lo máximo posible una noche a la semana.
Abel Chesney sonrió, y entonces le resultó más simpático a Dawson, porque le pareció que aquella sonrisa era muy humana, cordial y comprensiva. Incluso simpática.
—Naturalmente, señor Dawson. Y entiendo muy bien lo que quiere usted decir. Repítame lo que hizo usted cuando entró aquí, en el salón.
—Vi la luz del proyector encendida, así que entré, y la apagué. Luego, al colocarme junto a lord Wilkesham, me di cuenta de que su expresión era... Bueno, que no era...
—Que no era lo apacible que debía ser en una persona que se ha dormido.
—Eso es. Y estaba tan pálido... Bueno, le tomé el pulso, y me di cuenta de que estaba muerto. Después de vacilar un poco, los llamé a ustedes. Eso es todo, inspector, como ya le he dicho antes.
—Muy bien. ¿Lord Wilkesham no tiene familia?
—Oh, sí. Sí, señor. Una muchacha... Una nieta sobrina, o algo así. No sé cómo se llama en términos familiares. Es una hija de un hijo de un hermano de lord Wilkesham.
Chesney frunció el ceño, y se rascó una ceja, pensativo. ¿Nieta sobrina?

No estaba muy seguro de que fuese ésa la nomenclatura del parentesco, pero, tras reflexionar unos segundos, decidió que no había por qué complicarse la vida confeccionando un árbol genealógico.

—De acuerdo. Habrá que avisar a esa señorita. ¿Dónde vive?

—Aquí mismo, en Londres, señor.

—Ah, bueno, entiendo: una muchacha moderna, que vive su vida. Apuesto a que tiene un apartamento, y que.

—No, no. Ella vive en la casa de lord Wilkesham. Era él quien quería vivir solo en este apartamento.

Chesney se quedó con el cigarrillo a mitad de camino hacia la boca.

—Acláreme un poco eso, por favor, señor Dawson. ¿Dice usted que lord Wilkesham tiene... tenía una casa en Londres? ¿Dónde?

—En Mayfair, naturalmente, señor.

—¿Quiere decir que es una de esas casas... grandes, caras, con jardín?

—Desde luego.

Abel estaba estupefacto.

—¿Y teniendo una casa en Mayfair, lord Wilkesham se vino a vivir aquí con usted? Cielos... ¿Por qué?

—Lo ignoro, señor. Dijo que prefería vivir en un sitio menos grande, y me dio a elegir entre seguir con él o marcharme. Yo le apreciaba mucho, se lo aseguro, y no vi inconveniente en seguir a su servicio aquí. Lord Wilkesham, por otra parte, era un hombre muy educado, considerado y generoso.

—Ya, ya... Entiendo. Caramba, esto sí que es sorprendente, ¿no le parece a usted?

—Pues sí, señor, un poco. Pero cada persona tiene sus rarezas, y a mí no me molestó la de lord Wilkesham.

—Entonces..., él se vino aquí, y su sobrina continuó viviendo en la casa. ¿Venía a verlo a menudo?

—Por lo menos dos veces por semana. La señorita Beryl es muy cariñosa, señor. Es una muchacha... encantadora. Y no es de esas jóvenes chifladas que van por ahí haciendo extravagancias. Ella lleva la casa de Mayfair, y todos los asuntos financieros de lord Wilkesham. Lord Wilkesham se reía mucho de ella, y cuando se iba me decía que la señorita Beryl es un lince, capaz de sacar dinero de una piedra. Al parecer, la señorita Beryl tiene una gran intuición para las jugadas de Bolsa, y últimamente había ganado mucho dinero para lord Wilkesham.

—¿Para él..., o para ella?

—No, no... Para él. Ella se considera únicamente una especie de administradora. De todos modos, puesto que es la única familia que le quedaba a lord Wilkesham, toda su fortuna iría a parar a ella. Pero, mientras tanto, la señorita Beryl se conformaba con una cantidad mensual que le asignaba lord Wilkesham.

—Ah. ¿Qué cantidad?

—No estoy muy seguro, porque siempre discutían por ese motivo...

—¿La señorita quería más dinero al mes?

—¡No, no... Todo lo contrario, señor. Ella decía que lord Wilkesham le daba demasiado.

—Caramba. ¿Y cuánto era, aproximadamente?

—Creo que unas mil quinientas libras al mes.

—¡Ca... ramba! —tuvo que exclamar Chesney.

—Naturalmente —sonrió Dawson—, esa cantidad estaba destinada sólo a los pequeños gastos personales de la señorita Beryl.

—Cielos... Bueno, me pregunto qué clase de... «pequeños» gastos personales tiene esa jovencita. ¿O no es jovencita?

—Creo que tiene veintitrés o veinticuatro años. Y es muy bonita.

—Pues vaya... Bueno, ¿la avisó usted?

—No, señor. Me dijeron que no hiciese nada, que no tocase nada más, y que...

—Está bien, está bien. Habrá que avisarla, por supuesto. Debió advertirme antes de esto. De todos modos... —Chesney miró su reloj pulsera—, apenas son las siete. Y todavía tenemos muchas cosas que hacer aquí. No veo por qué la hemos de despertar para darle este disgusto, ¿no le parece? Esperaremos un poco más..., hasta las nueve, más o menos.

—Es usted quien debe decidirlo, señor.

—Sí... Claro. Vaya, no salgo de mi sorpresa: un hombre que según entiendo tiene mucho dinero y una sobrina encantadora en una casa nada menos que en Mayfair, y se viene a vivir aquí solo con usted. '¿Por qué?

—Jamás se me ocurrió preguntárselo a lord Wilkesham, lo siento.

Abel Chesney quedó pensativo. Aquellos casos de asesinato mejor o peor logrados por motivos de dinero eran corrientes, abundantísimos..., y no podía decirse que hubiesen pasado de moda. Claro que lord Wilkesham había fallecido de un ataque cardíaco, pero... Oh, tonterías. El médico forense había dicho que lord Wilkesham había fallecido hacía unas diez horas, esto era, a las... nueve de la noche, aproximadamente. ¿Qué podía perder interesándose por el paradero de la sobrina a esa hora de la noche pasada?

—Bien. Gracias, señor Dawson.

—¿Avisará usted a la señorita Beryl?

—Sí, sí. Desde luego.

Poco antes de las ocho, todo estaba terminado allí, y uno de los hombres de Chesney se acercó a éste.

—Hemos terminado, inspector. Sólo queda la película. Pero no sé si tenemos derecho a verla.

Abel Chesney, que de nuevo estaba ante la ventana mirando hacia la calle, se volvió, miró el proyector, la pequeña pantalla. Asintió con la cabeza.

—La veremos, Strace. No creo que hagamos mal a nadie con ello. Y quizá así conozcamos a una muchacha que dispone de mil quinientas libras al mes para sus... pequeños gastos.

El detective quedó boquiabierto.

—¿Cuánto ha dicho, señor?

—Olvídelo. ¿Sabe usted manejar ese cacharro?

—Sí... Sí, señor.

—Pues veamos la película... ¿Dónde está Dawson?

—En la cocina, tomando café, me parece.

—Vayan a buscarlo. Quiero que me vaya presentando a los personajes que aparezcan en ese filme.

—Sí, señor.

Oliver Dawson llegó de la cocina pocos segundos después, y naturalmente se mostró dispuesto a colaborar con el inspector Chesney. Las cortinas de la ventana fueron corridas, se cerró la puerta y se apagó la luz eléctrica.

—Cuando usted guste, inspector —dijo Strace.

—Ya vale.

Y la sesión de cine comenzó.

# CAPITULO II

Comenzó con la aparición en la pantalla de una muchacha joven, rubia, de cuerpo escultural, muy bonita. Tenía los ojos azules, la boca gordita, tierna, húmeda, y dos pequeños lunares bajo la comisura derecha. Por toda indumentaria llevaba las dos prendas más intimas de toda mujer, de color azul. La muchacha entraba en aquel sorprendente cuarto cuyas paredes eran espejos, y volvía la cabeza hacia atrás, sonriendo, mientras caminaba hacia el interior del cuarto...

—¿Es ésa la señorita Beryl? —preguntó Abel Chesney.

—No, señor... —se oyó la voz de Oliver Dawson—. No sé quién es, no conozco a esa joven...

La puerta de aquel cuarto de los espejos se cerró, dejando dentro a la rubia, sola. La muchacha estaba sorprendida, por supuesto. Luego, de pronto, se dio cuenta de que estaba en tan extraño lugar lleno de espejos. Estaba estupefacta mirando a su alrededor...

Cuando aquella trampilla se abrió en el techo y entraron los murciélagos, todos los reunidos en el saloncito del apartamento de lord Wilkesham lanzaron una exclamación de sobresalto, y el ayuda de cámara del fallecido lord respingó:

—¡Dios mío! ¿Qué es esto?

Abel Chesney dio una muestra un tanto censurable del humor inglés:

—Espero que tampoco ésos sean parientes de lord Wilkesham, señor Dawson.

La atención de todos estaba concentrada en la pantalla, presenciando las vicisitudes de la muchacha con los murciélagos. Hasta que se abrió la puerta, no se oyó nada más en el saloncito, pues la película era muda. Evidentemente, la muchacha gritaba, pero no podía oírse.

Al aparecer el primer monstruo, hubo un respingo colectivo, y Chesney, que estaba sacando un cigarrillo del paquete para llevárselo a los labios, casi dio un salto, y el cigarrillo cayó al suelo.

Después del respingo colectivo se hizo un silencio total. Un silencio tenso, sobrecogido. Pero sólo durante unos segundos, hasta que los monstruos se pusieron en movimiento hacia la muchacha. A partir de entonces, hasta el final, en que en primer plano se veía el rostro horrendamente desencajado de la muchacha, las exclamaciones, respingos y suspiros fueron sucediéndose... Por fin, la corta película terminó, y entonces sí que el silencio fue verdaderamente notable.

La pantalla estaba en blanco, con el leve tono amarillento de la luz del proyector.

Nadie parecía capaz de moverse, ni de reaccionar en ningún sentido.

Hasta que Abel Chesney, con voz un tanto engolada, comentó:

—Al parecer, a lord Wilkesham le gustaba mucho el cine. ¿No es así,

señor Dawson?

No obtuvo respuesta. Fue a encender la luz, localizó al ayuda de cámara, y repitió la pregunta:

—¿Le gustaba tanto el cine a lord Wilkesham?

Oliver Dawson tragó saliva, carraspeó y dijo:

—No... No, señor... Bueno, sí... Sé que él veía películas cuando yo me iba, pe... pero yo, yo creía... que eran de otro... tema...

—¿Pornográficas? —susurró Chesney.

—Bu... bueno, yo... Es que lord Wilkesham tenía siempre tanta impaciencia para que yo me fuese... Ya le dije antes...

—Sí, sí. ¿Creía usted que eran películas pornográficas?

—La verdad es que sí, inspector. Bueno, algo parecido.

—Ya. ¿Y no tuvo usted curiosidad por ver esta película?

—¿Cómo? ¿Qué...?

—Cuando usted llegó, el proyector estaba como está ahora. Sólo tenía que haber recogido la película, y haberla proyectado. ¿No le parece? ¿O no le gustan esa clase de filmes?

—Pues... Bueno, he visto algunos, sí... Pero yo venía de... de divertirme por ahí, estaba cansado... Lo pensé, es cierto. Pero además de que estaba cansado, pensé que lord Wilkesham podía despertar, y sé que no le habría gustado que yo supiese con exactitud qué clase de películas veía a solas. Así que decidí no complicarme la vida... Luego, me di cuenta de que estaba muerto, y ya., ya no pensé para nada en la película, ni... ni en nada. Bueno...

—Entiendo, entiendo. Bien. Estoy pensando que ya no resulta tan sorprendente que lord Wilkesham haya fallecido de un ataque cardíaco contemplando todo esto.

—Demonios... —exclamó Strace—. ¡Hasta a mí ha estado a punto de darme un ataque, inspector! ¡Esto es horrible!

—Es sólo una película —intervino otro detective—. Pero, verdaderamente, hace falta tener gustos muy especiales para dedicarse a proyectarlas en veladas privadas...

—¿Privadas? —Murmuró Chesney—. ¿Por qué privadas, Holm?

—¿Cómo, señor?

—No tenemos la seguridad de que lord Wilkesham estuviese solo viendo esta proyección. Podía haber alguien con él, ¿no?

La sugerencia de Abel Chesney fue meditada durante unos pocos segundos por sus hombres. Por fin, Strace movió negativamente la cabeza.

—Yo creo que estaba solo, inspector.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Pues... supongo que si había alguien con él, y se dio cuenta de que el viejo había muerto, lógicamente, antes de marcharse habría recogido la película, se la habría llevado.

—A menos... que se asustase mucho y saliese a toda prisa del apartamento, sin pensar en nada.

—Bueno... Sí, es posible, señor. Pero, a fin de cuentas, ¿por qué tenía que huir, fuese quien fuese? Cada persona tiene derecho a divertirse a su manera, y si a lord Wilkesham le gustaban los filmes de terror, era cosa suya. Lo sensato, si había alguien con él, era que hubiese avisado a un hospital, o a nosotros, como hizo el señor Dawson. Yo creo que estaba solo, señor.

Abel Chesney consiguió que esta vez no se le cayese el cigarrillo. Lo encendió, y estuvo unos segundos echando el humo hacia el techo, como si en él pudiese ver algo revelador. De pronto, miró de nuevo a Oliver Dawson.

—¿Dónde guarda el material lord Wilkesham?

—¿El... material?

—Su cinemateca particular. Debe tener más películas, cortas y largas, y quizá de diversos temas, ya que tan aficionado era al cine, ¿no cree?

—Pues no lo sé... Que yo sepa, no tiene nada de eso, inspector.

—¿Cómo que no? —Frunció el ceño Chesney—. Una persona aficionada a estas cosas no creo yo que tenga una sola película, señor Dawson.

—Bu... bueno, yo no sé... Pero le aseguro que ignoro si lord Wilkesham tiene más películas como ésa o de otra clase.

—Puede tenerlas escondidas.

Oliver Dawson parpadeó, reflexionó, y movió la cabeza.

—Naturalmente, yo cuido del apartamento, inspector, y lo limpio todo a fondo con regularidad. Quiero decir con esto que no hay un solo rincón en el apartamento que yo no haya visto, así que... si hay más películas, lord Wilkesham debía tenerlas muy bien escondidas. Tan bien escondidas que me permito dudar de que existan tales películas.

—Eso es absurdo. De alguna parte debía sacarlas cuando usted se iba, ¿no le parece?

—Sí, claro... Pero me sorprendería mucho que él hubiese podido esconder algo en el apartamento. Si me dijese usted un alfiler, o uno de esos microfilmes de espías, quizá... Pero rollos de películas como ésta yo los habría visto un día u otro.

—A lo mejor —deslizó Holm—, nosotros sabemos buscar mejor que usted, señor Dawson... ¿Sí, inspector?

Chesney asintió con un gesto, y fue hacia la ventana. Descorrió las cortinas, gruesas, y quedó ante los visillos, contemplando la calle a través de ellos, mientras sus hombres se aprestaban a buscar más filmes como el que, al parecer, había ocasionado el colapso cardíaco a lord Wilkesham.

—Si les parece —oyó decir a Dawson— yo puedo ayudarles a buscar.

El ofrecimiento fue aceptado por los hombres de Scotland Yard. Y, mientras ellos buscaban, Abel Chesney permanecía ante la ventana, viendo la calle como a través de una ligerísima pantalla de neblina, debido a los visillos. Pensaba que, en realidad, el hecho de encontrar más películas no tendría la menor importancia. Sólo se demostraría que lord Wilkesham había sido aficionado a una diversión poco usual; pero, como bien había dicho Strace, cada persona tiene derecho a divertirse como le plazca, siempre y cuando no

perjudique a los demás. Y, evidentemente, lord Wilkesham, al final, sólo se había perjudicado a sí mismo...

«Hay algo que me tiene en tensión... —se dijo Chesney—. Hay algo que me tiene inquieto, pero no sé qué es... Esa película me ha provocado esta sensación. Desde luego, esos monstruos están magníficamente caracterizados, pero todo el mérito es de la chica, de la actriz. Es absolutamente genial. Su naturalidad en todo momento...»

Dejó de pensar bruscamente. Abajo, junto al bordillo de la acera de enfrente, se había detenido un coche. Un «Mini» de color rojo, que había llegado a una velocidad un tanto imprudente. Y podía decirse que el coche aún no estaba parado cuando una mujer se apeaba rápidamente, y corría hacia la acera en la cual se hallaba el edificio donde lord Wilkesham había alquilado un apartamento... Abel Chesney sólo veía la roja cabellera larga de la mujer, y su elegante y atractiva figura, pero, de pronto, ella alzó la cabeza, y miró precisamente hacia aquella ventana, deteniéndose. Se quedó allí, inmóvil, durante dos o tres segundos, de modo que Chesney, pese a los visillos, pudo verla perfectamente. Era joven, muy bonita, de grandes ojos, boca grande. Incluso pudo ver que tenía pecas, cosa corriente en una pelirroja. Seguramente, debía tener los ojos verdes.

La muchacha dio media vuelta, y corrió de nuevo hacia el rojo «Mini», se metió dentro, y en menos de un segundo, el pequeño y veloz coche partía de allí a toda velocidad, ante el asombro de Chesney... Pero no tanto asombro que le impidiese reaccionar, con evidentes reflejos de buen policía: se ladeó rápidamente ante la ventana, y, antes de que el coche hubiese desaparecido de su ángulo visual, pudo ver la matrícula apartando los visillos. Inmediatamente, sacó su pequeña libreta de notas, retiró el bolígrafo del lomo, y apuntó aquella matrícula en una hoja.

Luego, salió del saloncito, llamando:

—¡Strace!

El detective Strace apareció en seguida ante él, procedente de uno de los dormitorios.

—Diga, inspector.

—Venga, Colóquese ante la ventana, tal como estaba yo antes... Y no se mueva de aquí hasta que yo regrese.

Condujo al asombrado detective ante la ventana, lo colocó en la posición que había ocupado él, y salió del saloncito, y luego del apartamento.

Strace lo vio aparecer en la calle, colocarse en el centro de la calzada, y mirar hacia arriba, hacia él. El inspector Chesney estuvo allá cuatro o cinco segundos. Luego, desapareció, y pocos segundos después entraba en el saloncito.

—Está bien, Strace. Gracias.

—¿Qué ocurre, señor?

—Sólo quería saber si podía verlo a usted desde abajo.

—Ah, Bueno, yo lo he visto a usted perfectamente, señor, así que supongo

que usted también me habrá visto a mí.

—No... —Sonrió desganadamente Chesney—. Desde luego, le he visto, pero no habría podido decir que era usted de no haberlo sabido.

—Quiere decir que sólo ha visto una silueta detrás de los visillos, supongo.

—Exactamente. Podía ser usted o cualquier otra persona. Se ve a una persona, pero, debido a la luz exterior, superior a la de este lugar, es imposible identificarla.

—Entiendo, señor. Y... ¿tiene algo que ver con todo esto?

—No lo sé... —murmuró Chesney; arrancó una hoja de su libreta, y la tendió al detective—. Yo buscaré esas películas con los demás. Usted dedíquese a localizar este coche. Es un «Mini» de color rojo, ahí tiene la matricula. Es muy posible que pertenezca a una mujer. Máxima discreción, Strace.

—Sí, señor.

Strace abandonó el apartamento, dispuesto a cumplir a toda prisa la orden de su superior, al que admiraba y apreciaba profundamente. Si el inspector Chesney decía que había que buscar aquel coche, por algo sería.

Mientras tanto, la búsqueda del resto de las películas que se suponía debía haber en el apartamento de lord Wilkesham se llevó a cabo minuciosamente. Tan minuciosamente, que hacia las nueve, todos habían llegado a la conclusión de que, en efecto, como Dawson había asegurado, no había más películas allí.

—Pues no entiendo que un hombre se dedique a ver cada semana la misma película, francamente, señor —dijo Holm.

—Yo tampoco —murmuró Chesney.

Y aún había más cosas que no entendía. Por ejemplo, ¿cómo era posible que lord Wilkesham hubiese fallecido viendo aquella película aterradora si ya la había visto muchas veces, y, por tanto, sabía todo lo que ocurría en ella? Por muy impresionante que sea una cosa, deja de serlo en muy buena parte cuando se ha adquirido la costumbre de verla. Y además, estaba aquella... sonrisa de placer, de éxtasis, en el rostro de lord Wilkesham, que resplandecía por encima de su desencajado gesto agónico. No encajaba. Si había muerto de un colapso, que suele ser doloroso..., ¿qué podía haberle inducido a mantener aquella mueca de placer? Ciertamente, la actriz de la peliculita era muy hermosa, pero...

—Holm —exclamó Chesney—, ¡ponga esa película otra vez!

—¿O... otra vez...?

—Sí, sí... ¡Vamos, pronto!

—¡Sí, señor!

Holm tardó muy poco en proyectar de nuevo la película. Y, apenas ver el rostro de la muchacha rubia, Chesney exclamó:

—¡Sí, seguro..., la conozco! Eso era lo que me tenia inquieto, en tensión.

—¿Conoce a la chica? —Holm encogió los hombros—. Bueno, es natural: debe haberla visto en alguna película. Una actriz como ésta tiene que ser una

conocida profesional, señor.

—Detenga eso —ordenó Chesney—. No necesito ver más, ya es suficiente —volvió a descorrer las gruesas cortinas, y miró a Oliver Dawson—, Dígame, señor Dawson: ¿es pelirroja la sobrina de lord Wilkesham?

—No, señor. Es castaña claro, casi rubia... Algo así. Pelirroja, no, desde luego.

Abel Chesney pareció decepcionado.

—¿Dónde vive exactamente? —preguntó.

—En el 202 de Mount Street, Mayfair.

—Gracias. Ocúpese de todo esto, Holm... Yo iré a dar la mala noticia a la señorita Beryl... Por cierto: ¿cuál es su apellido?

—Littman... —indicó Dawson—, Beryl Littman, inspector. El padre de la señorita Beryl...

—Ya nos ocuparemos de eso más adelante, si procede. Estaré en esa dirección, Holm.

# CAPITULO III

Era en verdad una hermosa casa, blanca, con las persianas azules, las paredes casi completamente tapizadas por plantas trepadoras. Una de esas casas que sugieren una gran clase y rancio abolengo. Delante tenía un bonito jardín, protegido por unas verjas de hierro primorosamente forjado, y tras las cuales se veían algunos rosales que sin duda debían estar maravillosos en primavera. No se podía pedir más, pensó Chesney. Con una casa como aquélla, mil quinientas libras mensuales para «pequeños» gastos, y ahora con toda la fortuna de lord Wilkesham a su disposición, Beryl Littman no podía pedirle más a la vida, ciertamente.

Eli inspector de Scotland Yard pulsó el timbre que había en el pilar de la derecha de la verja de entrada, y miró hacia la puerta, que se abrió a los pocos segundos. Apareció una mujer de mediana edad, con uniforme blanco y azul, impecable. Cuando llegó ante él, lo contempló con agrado, desde el otro lado de las verjas. Chesney estaba acostumbrado a esto, y forzosamente había tenido que llegar a la conclusión de que era un hombre atractivo.

—¿Diga, señor?

Abel mostró su placa policial.

—Soy el inspector Chesney, de Scotland Yard. Entiendo que esta casa pertenece a lord Wilkesham.

—Sí, señor, pero lord Wilk...

—Sé que vive en otro lugar de Londres. ¿Cree que sería mucha molestia para la señorita Littman recibirme ahora? Lamento tener que despertarla, pero...

—Oh, no... —Sonrió la sirvienta—. La señorita Beryl se levanta siempre antes de las ocho, para preparar su trabajo del día... Pase, por favor. Le anunciaré. ¿Ha dicho usted...?

—Inspector Chesney.

—Ah, sí. ¿Tiene la bondad...?

Abel Chesney fue introducido en la casa, que, por supuesto, no desmerecía de la fachada. Todo perfecto, elegante, de óptimo gusto, limpio, impecable... Cuadros, alfombras, muebles..., todo impecable.

Efectivamente, Beryl Littman se hallaba ya en el despacho de la casa, y Abel Chesney fue introducido en él tras unos segundos de espera que la sirvienta invirtió en anunciarle. La puerta del despacho se cerró tras él, y Abel se quedó mirando a la muchacha, que, de pie tras la mesa del despacho, le contemplaba con atenta curiosidad.

Tal como Abel Chesney había pensado en el apartamento de lord Wilkesham, el día sería soleado. Ya lo era, en realidad, y por la ventana de su izquierda, muy grande, se veía el resplandor del sol, inundando de claridad el despacho. La luz daba de lleno en la muchacha, así que pudo verla muy bien, a sus anchas. También Oliver Dawson había tenido razón: Beryl Littman era

muy bonita. Muy, muy, muy bonita. Sus cabellos eran de color miel, su tez blanca, sus ojos muy grandes, de un sorprendente color entre verde y marrón. Sorprendentes en verdad. Su figura quizá resultaba un tanto delgada, pero indiscutiblemente espléndida. La auténtica clase y la belleza reunidas en una sola persona. Con todo, lo más sugestivo de Beryl Littman era su boca, grande y sonrosada, dulce, risueña, fascinante...

—¿Inspector Chesney? —le invitó ella a hablar, señalando un sillón ante su mesa.

—Si...

—Yo soy Beryl Littman... —sonrió ella, tendiéndole la mano—. Espero no haber hecho nada malo. ¿O no me busca usted a mí?

—Sí, sí —Abel pensó que aquella mano era deliciosa—. La busco a usted precisamente, señorita Littman. Es respecto a su... tío, lord Wilkesham.

—Ah. Tampoco creo que el simpático ogro haya hecho nada malo, de todos modos. Además, él vive...

—Sí, lo sé: en Kensington. Bien... Aunque yo creo que sería más correcto decir que... que vivía allí.

—¿Qué quiere decir?

—Señorita Littman, temo que la noticia que...

—¿Ha muerto tío Harold? —se tensó la voz de la muchacha.

—De un colapso cardiaco.

Beryl Littman se sentó, despacio. Chesney permaneció en pie ante ella, no poco molesto; nunca le había gustado ser portador de esta clase de noticias, naturalmente. Y mientras contemplaba a la muchacha, pensaba en muchas cosas a la vez. En primer lugar, no había sabido hasta entonces el nombre de pila de lord Wilkesham: Harold. Luego, pensó que, por supuesto, Beryl Littman no era la pelirroja que había visto por la ventana del saloncito. También pensó que la muchacha sabía encajar las malas noticias..., pero de pronto se dio cuenta de que en los hermosos, sorprendentes ojos, había dos gruesas lágrimas. Eso era todo...

—Por favor, siéntese —insistió ella.

Chesney lo hizo, diciendo:

—Lamento ser portador de tan mala noticia, señorita Littman.

Ella parpadeó, y las dos lágrimas se deslizaron por las mejillas. Las retiró con muy discreto gesto, y consiguió una sonrisa cortés, casi amable.

—Lo comprendo. Pero no se considere culpable de nada, inspector. ¿Cuándo ha sucedido?

—Según nuestro médico forense, hacia las nueve de la noche pasada. Pero hasta las seis y media en que el señor Dawson regresó al apartamento...

Chesney explicó lo sucedido, omitiendo mencionar la clase de película que lord Wilkesham había estado viendo en el momento de su muerte, y, desde luego, sin entrar en detalles sobre su extraña mueca de placer que anulaba el gesto de dolor.

—El cadáver ha sido retirado al depósito, pues convendría practicarle la

autopsia, aunque todo parece clarísimo. Usted es el único familiar de lord Wilkesham, así que supongo que procede llevarla allí, obtener su permiso... Bien, la verdad es que esto ya no forma parte de mis funciones, señorita Littman. El juez que atienda el caso...

—¿Qué necesidad hay de hacerle la autopsia a tío Harold?

—Ya le digo que deberá usted tratar este asunto con el juez que atienda el caso. A decir verdad, mi misión termina una vez presente el informe a mis superiores.

—¿Es parte de su misión dar esta clase de noticias?

—Pues..., no. No estoy obligado a ello.

—Sin embargo, usted ha aceptado pasar este pequeño mal rato, inspector. ¿Por qué?

—En primer lugar, no ha sido tan malo como temía, porque usted es muy serena, señorita Littman. Y luego, pues... quería hacerle algunas preguntas, si usted no tiene inconveniente. Claro que las preguntas pueden esperar. Con mucho gusto puedo llevarla a...

—¿Qué preguntas son ésas?

—Ya le digo que pueden esp...

—Haga sus preguntas.

—Muy bien. Bueno, la primera de ellas va a parecerle un poco tonta, me temo: ¿conoce usted a alguna muchacha pelirroja, muy bonita, que tenga un «Mini» de color rojo matrícula XYV 2934?

Beryl Littman quedó estupefacta unos segundos, contemplando al muy serio inspector Chesney.

—Me parece que no... —Dijo por fin—. No tengo muchas amigas, de todos modos. ¿Pelirroja, con un «Mini» rojo...? Bueno, conozco a una pelirroja, pero no sé qué coche debe tener ahora. Cambia de coche muy a menudo.

—Entiendo. Supongo que a su amiga le parecía extraño que usted la llamase para preguntarle qué coche tiene actualmente.

—Me parece que Louise no pensarla eso, sino que yo era muy desconsiderada por llamarla a estas horas de la mañana. Suele levantarse cerca del mediodía.

—Oh, bien... Podemos esperar, desde luego. Hum... Esa amiga suya llamada Louise, ¿lo es también de su tío?

—¿Qué quiere decir?

—Su tío podía haber estado viviendo aquí, en esta hermosa casa, y en cambio, fue a habitar un apartamento no demasiado agradable en Kensington. El señor Dawson me ha informado de que usted y su tío estaban en óptimas relaciones, y que iba a visitarlo, con bastante frecuencia. Yo he pensado que quizá su tío admitía las visitas de usted, pero que se había ido a vivir allí para no tener tratos con otras personas. Por eso quisiera saber si algunos amigos o amigas de usted también le visitaban en el apartamento. Por ejemplo, su amiga Louise.

Beryl Littman parpadeó. Estaba bastante desconcertada, evidentemente.

—No tengo la menor idea al respecto —murmuró—. Personalmente, me permito dudar que Louise fuese a visitar a tío Harold, pues ella tiene diversiones muy diferentes que conversar con un viejo un tanto gruñón.

—Quizá su tío hizo algún comentario sobre las visitas que recibía..., ¿no?

—No, nunca. Pero si alguien le visitaba, Oliver tiene que saberlo. ¿No se lo ha preguntado a él?

—Resulta que mi impresión es que su tío recibía visitas precisamente cuando el señor Dawson no estaba en el apartamento.

—¿Qué quiere decir? —volvió a desconcertarse Beryl.

—Bueno, ya sé que ése no era el caso de usted, señorita Littman. El señor Dawson me dijo que usted iba con frecuencia a ver a su tío, como ya le he explicado... ¿Estuvo usted anoche a verlo, quizá? Hacia las nueve, más o menos.

—No. Ayer no fui. Pensaba ir esta tarde.

—Ah. Sí, claro, entiendo que anoche a las nueve debía tener usted cosas que atender, ¿no es así?

—Inspector Chesney: ¿me está usted preguntando dónde estaba yo anoche a las nueve?

—Pues... Bueno, no exactamente, desde luego. Ha sido un comentario. De ninguna manera debe usted pensar que estoy interrogándola, o algo parecido. Nada más lejos de mi...

—Anoche, a las nueve —dijo lentamente Beryl Littman—, yo estaba en casa de unos amigos. Me invitaron a cenar, y a hablar de unas inversiones que piensan realizar, y querían mi consejo. Llegué allá a las siete y media, y me marché poco después de las diez. Los amigos de que le hablo son los Whitmore, y viven no muy lejos de aquí, en New Bond Street. Y ahora, inspector, dígame: ¿qué es exactamente lo que está pasando?

—¿Perdón? —alzó las cejas Chesney, con gesto ingenuo.

—Es evidente que usted está... sobrepasando las gestiones normales a realizar por la policía en un caso de muerte por colapso cardíaco. Al menos, eso me parece a mí. ¿Por qué? ¿Qué es lo que está usted pensando de la muerte de tío Harold?

—Me parece que es usted una joven con bastante fantasía —sonrió amablemente Chesney—. Y hablando de fantasías: ¿cuándo le llevó usted a su tío su última película?

—¿La última qué?

—¿No le llevaba usted películas cuando le visitaba?

—Desde luego que no. ¿Películas? ¡Qué cosas tan extrañas dice usted!

—¿Extrañas? Bueno, ya le he dicho que su tío falleció mientras estaba viendo una película, y... No sé, me pareció que podía ser usted la encargada de proporcionárselas.

—Pues no. Es más, ni siquiera sabía que tío Harold veía películas en su apartamento.

—¡Cómo...! ¿Acaso aquí no hacía lo mismo?
—Nunca.
—Entonces..., ¿no hay en la casa películas propiedad de su tío?
—No. Por el amor de Dios, inspector, ¿de qué está usted hablando, qué es lo que piensa? ¿Acaso... sospecha usted que hay algo... extraño en la muerte de tío Harold?
—¿Algo extraño?
—Bueno, es que tengo la impresión de que está usted emprendiendo una investigación importantísima... La verdad, me parece un poco exagerada para una simple muerte por colapso de un pobre viejo enfermo.
—Y a propósito de eso, ¿no le parece que su tía habría estado mejor en esta casa que en el apartamento de Kensington?
—Naturalmente. Y así se lo decíamos todos... Pero me habría gustado ver a alguien capaz de hacer cambiar una decisión a tío Harold. El decidió ir a vivir allá, sólo con Oliver, y no hubo modo de disuadirlo.
—¿Y por qué piensa usted que quiso hacer eso?
—No tengo la menor idea, se lo aseguro. A menos... Todo eso de las películas... ¿Qué tipo de película estaba viendo tío Harold cuando falleció?
Abel Chesney se puso en pie.
—Si a usted le parece bien, la acompañaré, señorita Littman. Me tiene por completo a su disposición para todo cuanto...
—¿Qué película estaba viendo? —Insistió ella, todavía sentada—. ¿De esas... poco... decentes, por llamarlas de algún modo?
—No, no.
—¿Entonces...?
—Tendré mucho gusto en proyectarla para usted en cuanto quede liberada como componente de mi informe, se lo aseguro.
—Entonces..., ¿no es pornográfica?
—Ya le he dicho que no. ¿Acaso su tío tenía... tendencias de esa clase?
—Que yo sepa, ni mucho menos. Pero estoy empezando a tener la impresión de que no conocía tan bien a tío Harold como creía.
—Bueno, eso siempre pasa con todas las personas que nos rodean, señorita Littman. ¿Le parece bien que la espere aquí mientras usted se viste para salir?
Beryl se puso en pie.
—¿Le parece que mi vestido no es adecuado para salir a la calle, inspector? —se sorprendió.
—Pues sí... Bueno, no sé... No sé.
—Me parece que usted quería quedarse solo en mi despacho.
Abel Chesney enrojeció levemente.
—¡Por favor, señorita Littman...! ¿Qué dice usted?
—Mire, inspector Chesney, yo soy una persona de inteligencia más bien considerable, y debido a mi trabajo en cuestiones bursátiles estoy acostumbrada a ver las cosas tal como son, no como los demás quieren que parezcan. Posiblemente, le estoy pareciendo un tanto... agresiva, quizá hablo

demasiado claro, pero cada uno es como es. ¿Desea usted quedarse solo en mi despacho?

—Señorita Littman, le aseguro que en ningún momento se me ha ocurrido... Vamos, por favor... Soy un empleado de Scotland Yard, no un... intruso desaprensivo que...

—Está bien. Por supuesto —ella le miraba fijamente—, hay algo extraño en todo esto, pero comprendo que sólo me lo dirá cuando lo crea conveniente, ¿no es así? Podemos partir cuando guste.

—Ahora mismo, si le parece bien. Tengo el coche afuera.

—Desde luego. Es usted muy amable, inspector Chesney... ¿Cuál es su nombre?

—Abel.

—Bien. Vamos allá... ¡Pobre tío Harold! Espero que haya sido bien recibido en el Reino de Dios...

* * *

—¡Dios mío! —gimió Beryl Littman.

Abel Chesney no miraba el rostro del cadáver, sino el de la muchacha. La vio palidecer, crisparse sus facciones en un gesto brusco de sobresalto, y en seguida ocultarlas con las manos. Abel y el médico que les había acompañado al depósito cambiaron una mirada, interrogante la del médico, que dejó caer el blanco lienzo al asentir Chesney con un gesto. Las facciones de lord Wilkesham todavía no habían sido manipuladas, de modo que seguía mostrando aquella sorprendente mueca de dolor..., muy leve comparada con la de placer.

Chesney se permitió poner una mano sobre un hombro de la muchacha.

—¿Se encuentra bien, señorita Littman? —musitó.

—Pobre tío Harold —gimió ella—. ¡Debió sentir un gran dolor para... para que su rostro se haya... desencajado así...!

—Siento mucho que haya tenido que verlo —murmuró Abel—. Salgamos de aquí.

—¿Autoriza la autopsia? —preguntó el médico.

—Espere, doctor Walsh —dijo Chesney—. En primer lugar...

—Sí —dijo Beryl—, la autorizo.

—Señorita Littman, quizá debo explicarle que en un caso simple como éste, usted no tiene por qué...

—La autorizo —ella le miró fijamente—. A menos... que usted me diga que no es necesario... para nada.

Abel se quedó mirando, también fijamente, los bellos y extraordinarios ojos femeninos. Sin la menor duda, Beryl Littman era una muchacha inteligente, y había percibido que él no aceptaba las cosas como normalmente habría correspondido, esto es, acudir a donde la policía había sido llamada, ocuparse de la recogida del cadáver tras las formalidades de rigor, presentar

un informe, y a otra cosa, señores. Ella había comprendido que él no aceptaba las cosas así, y, simplemente, le estaba diciendo que haría lo que él aconsejase.

—Bueno... No creo que el forense se equivocase al dictaminar colapso cardíaco, pero si por mí fuese, la autopsia se llevaría a cabo, señorita Littman.

—Entonces, la autorizo.

—Tendrá que firmar este permiso —dijo el médico.

—Está bien.

Dos minutos más tarde, el permiso estaba firmado. El médico lo dejó en una cubeta, y miró con simpatía a la muchacha.

—La avisaremos cuando pueda usted disponer del cadáver para su sepelio, señorita Littman. Seguramente, esta misma noche.

—Sí... Gracias.

—Gracias a usted. Adiós, Chesney.

—Adiós —murmuró éste.

Tomó de un brazo a Beryl, y salieron del despacho. Poco después, estaban en la calle. Abel miraba de reojo a su bella acompañante, y pensaba que había sentido sinceramente la muerte de su tío, pero que afrontaba la realidad con serenidad. También pensaba que ella no había captado aquella mueca de placer en las crispadas y rígidas facciones de lord Wilkesham... Quizá era mejor así.

—¿La llevo a su casa, o prefiere que la deje en otro sitio, señorita Littman?

—No... Me iré a casa, no tengo hoy el ánimo propicio para trabajar, ni mucho menos. Pero no se moleste más por mí, inspector.

—No es molestia —protestó él. Le aseguro...

—Se lo agradezco. Pero preferiría estar sola, caminar un poco... Iré caminando hasta casa, si no hay inconveniente.

—¿Cómo habría de haberlo? Si ése es su gusto...

—Sí, lo es —ella le tendió la mano—. Adiós, inspector. Muchas gracias por todo.

—Adiós...

Ella se alejó, a pie, bajo el tibio sol, caminando lentamente. Abel Chesney la estuvo mirando unos segundos. Luego, miró su reloj de pulsera, y se dirigió hacia el coche. El superintendente Mc Graw debía estar ya en su despacho de New Scotland Yard.

* * *

El superintendente Mc Graw asintió con la cabeza cuando Abel Chesney terminó de explicarle todo cuanto había sabido hasta entonces. Alzó las cejas, pareció reflexionar, y encendió un cigarrillo tras ofrecer a Chesney.

—Bien... —dijo—. Parece un caso bastante claro, a pesar de todo, Chesney. No entiendo qué es lo que le tiene a usted tan... inquieto.

—Tres puntos, señor.

—¿Tres puntos? Bien, veamos... ¿Primero?

—Primero: parece ser que lord Wilkesham no se había dedicado a la contemplación de filmes hasta que se trasladó al apartamento de Kensington. Respecto a este punto, incluso he pensado que quizá el viejo lord se trasladó allá precisamente para poder ver esos filmes sin que nadie pudiese molestarle, ya que los veía precisamente cuando su ayuda de cámara, Oliver Dawson, salía, una noche por semana. Otro detalle digno de ser tenido en cuenta es que, al parecer, ninguna persona del círculo habitual de lord Wilkesham le facilitaba esos filmes, ni los había visto jamás. No había más películas en el apartamento, y el señor Dawson nos aseguró que nunca había visto ninguna. Sin embargo, una vez por semana, lord Wilkesham disponía de una película. Yo creo que no era siempre la misma, sino que cada semana alguien le proporcionaba una diferente.

—¿Y...?

—Eso me lleva al segundo punto, señor: la pelirroja del «Mini» color rojo. Llegó con muchas prisas, saltó del coche, se colocó en el centro de la calzada, miró hacia arriba..., y a los tres segundos se... escapó de allí todavía más de prisa. Durante esos tres segundos, estuvo mirando la ventana del saloncito de lord Wilkesham. Por supuesto, me vio en seguida, pero permaneció allí tres segundos, quizá cuatro, antes de... escapar.

—¿Por qué emplea la palabra escapar?

—Esa fue la impresión que me dio, señor. Ahora, fíjese bien: normalmente, Oh ver Dawson no volvió nunca antes de las ocho. Y todavía no eran las ocho cuando llegó la pelirroja..., muy apresuradamente. Yo creo que temía llegar tarde.

—¿Tarde..., adónde, para qué?

—Tarde bajo la ventana de lord Wilkesham..., para recoger la película que éste debía tirarle por la ventana.

Mc Graw estuvo unos segundos mirando el humo del cigarrillo antes de musitar:

—Supongo que quiere usted sugerir que esa pelirroja podía ser la persona que le llevaba las películas a lord Wilkesham por la noche, después que Oliver Dawson se había marchado..., y que acudía a recogerlas por la mañana, antes del regreso del ayuda de cámara.

—Exactamente, eso he sugerido, señor.

—Bien... Pero ¿qué importancia tiene todo esto? No necesitamos verdaderamente la autopsia para tener la certeza de que lord Wilkesham falleció de un ataque al corazón, ¿verdad? En cuanto a la chica pelirroja, no estaba haciendo nada ilegal, que yo sepa. El alquiler de películas es corriente, y las hay de muchos temas.

—Pero sí resulta un poco extraño que ella llegase con tanta prisa, esperase unos segundos, y luego escapase... ¿No le parece, señor?

—Quizá sí, quizá sí. Pero, francamente, Chesney, no veo nada realmente inquietante en todo esto.

—Entonces, pasaré a mi tercer punto, que es el que me ha hecho recapacitar sobre todos los demás detalles... ¿Ha visto usted la película?

—No...

—Me gustaría que la viese, señor.

—Bueno... —se estremeció Mc Graw—. Por lo que usted me ha contado, deduzco que no es la clase de filmes que yo prefiero, ni mucho menos, así que...

—Le ruego que venga a verla.

Mc Graw miró atentamente los ojos de Chesney, y asintió con un gesto, poniéndose en pie.

—Vamos allá.

Abel también se puso en pie, recogió la carpeta que había llevado al despacho de su jefe, y fue a abrir la puerta, diciendo:

—Lo tengo todo preparado —casi sonrió—. Esperaba que usted no se negaría, francamente.

—Espero que todo esto nos lleve a algún resultado interesante, tratándose de usted, Abel. ¿Qué lleva en esa carpeta?

—Mi tercer punto, señor. Pero si me lo permite, no le mostraré su contenido hasta que haya visto la peliculita.

—De acuerdo.

Llegaron a un cuarto donde estaba preparado el proyector. El detective Holm dormitaba en inverosímil posición en una silla. Los dos le vieron apenas abrir la puerta, pero no hubo comentario alguno. Simplemente, Chesney la cerró con un exceso calculado de fuerza, y al oír el golpe, Holm abrió los ojos, se enderezó, los vio, y se puso en pie velozmente.

—Buenos días, señor —farfulló.

—Hola, Holm —sonrió Mc Graw.

El detective carraspeó, y miró a Chesney, que asintió con la cabeza, y señaló el proyector. Mc Graw y él se sentaron frente a la pequeña pantalla, y Holm comenzó la proyección...

Cuando ésta terminó, el superintendente estaba un poco demudado. Se pasó la lengua por los labios, movió la cabeza, y suspiró.

—Preferiría no haberla visto..., pero la he visto. ¿Y ahora, Chesney?

Este fue a encender la luz, se volvió, y preguntó:

—¿Qué le ha parecido la actriz, señor?

—¿La...? ¿En qué sentido?

—En todos.

—Pues... me parece que es una bellísima joven, francamente. Y con mucho talento. Quiero decir que es una actriz formidable, muy expresiva...

—Yo creo que no es actriz.

—¿Qué...?

—Se llama Lulu Kenwell, tiene... o tenía veintidós años, y trabaja... o trabajaba en una tienda de modas de Carnaby. Véala, señor.

Abrió la carpeta y Mc Graw vio en primer lugar una fotografía en

primerísimo plano de la joven, rubia y bonita muchacha que protagonizaba tan magistralmente aquella peliculita de terror. Inconfundible, con sus dos limares junto a la boca...

—Pero, esta fotografía es de nuestros archivos...

—Sí, señor. La he tomado de allí, junto con todos los demás datos del expediente..., que estaba en el archivo de «Pendientes». Lulu Kenwell desapareció poco antes de las pasadas Navidades, esto es, hace nueve meses, día más, día menos. Vivía con una amiga, en un apartamento, en Bloomsbury, exactamente en el número veintiocho de Bedford Avenue, es decir, muy cerca del Soho. La amiga se llama Georgina Davies, y fue quien denunció la desaparición de Lulu Kenwell cuando ésta faltaba ya tres días del apartamento. Al principio, la señorita Davies pensó que era una... escapadita de su amiga, pero a los tres días llegó a la conclusión de que Lulu Kenwell debía haberla llamado ya, para darle alguna explicación y tranquilizarla por su ausencia; como quiera que esta llamada no se produjo, Georgina Davies recurrió a la policía, por si el nombre de Lulu Kenwell constaba en algún accidente, y su amiga estuviese en algún hospital, o algo así. Pero no. Simplemente, Lulu Kenwell había desaparecido, y durante más de cuatro semanas se prosiguieron las investigaciones en su búsqueda... Poco a poco, la intensidad de las averiguaciones fue decreciendo, hasta que, finalmente, el caso pasó al archivo de «Pendientes»... Aquí lo tiene, señor.

Holm, que estaba tan estupefacto como Mc Graw, reaccionó antes que éste, exclamando:

—¡No me había dicho nada de eso!

—Me di una vuelta por los archivos, eso es todo —sonrió secamente Chesney—. Cuando vi la película en el apartamento de lord Wilkesham quedé... disconforme con algo. La volvimos a proyectar, y entonces recordé el rostro de Lulu Kenwell, que incluso apareció fotografiado en un par de periódicos. Al llegar aquí, antes de ir a su despacho, señor, estuve en el archivo... y encontré el expediente.

—Excelente memoria... —susurró Mc Graw—. Pero ¿adónde nos lleva todo esto?

—Lulu Kenwell es... o era dependienta, no actriz.

—Bueno..., hay muchas chicas bonitas que tienen una oportunidad, y se pasan al cine... Un momento: ¿por qué estaba este expediente en «Pendientes»?

—Supongo que porque Lulu Kenwell no ha aparecido todavía, señor. Y si ha aparecido, nadie nos lo ha comunicado.

—De acuerdo. Sólo hay que llamar por teléfono a ese apartamento de Bloomsbury y pedir...

—He llamado ya, señor. Nadie responde al teléfono. Pero eso no debe sorprendemos, pues es hora de que todo el mundo esté trabajando.

—Sí... Claro, desde luego. Pero bueno, Chesney, vamos a ver: ¿qué es exactamente lo que quiere usted?

—Quisiera su autorización para dedicarme a localizar a Lulu Kenwell, o cuando menos a su amiga y compañera de apartamento, Georgina Davies, señor. Si las encuentro a ambas, supongo que tendremos que dar una buena reprimenda a la señorita Davies por no habernos comunicado la reaparición de su amiga Lulu, y ahí terminará todo.

—Chesney: ¿qué es exactamente lo que usted está, pensando?

—Estoy pensando que una actriz de la calidad de Lulu Kenwell no tenía por qué estar trabajando en una tienda de modas más o menos estrafalarias, señor. Y si hace nueve meses no era una actriz extraordinaria, dudo mucho que en ese tiempo haya aumentado su talento hasta este punto —señaló la pantalla.

Mc Graw frunció el ceño, como haciendo un esfuerzo por comprender el exacto significado de las palabras de Abel Chesney. Y al parecer, tanto él como Holm llegaron al mismo tiempo a la misma conclusión, porque ambos palidecieron de golpe.

—¿Quiere decir que...? —empezó Holm.

—Tiene esa autorización, Abel —afirmó Mc Graw—. ¡Y cuanto antes empiece a investigar, mejor!

—Gracias, señor. Procuraré no...

La puerta del cuarto se abrió, y apareció un hombre, cuya mirada se detuvo en el rostro de Chesney.

—Inspector, le está llamando el detective Strace por teléfono.

—Gracias. Voy allá en seguida, Korby. Bien, señor —miró Chesney de nuevo a Mc Graw—, le tendré al corriente de todo.

—Bien... Bien. De acuerdo. Hasta luego.

Abel se apresuró a abrirle la puerta a su jefe. Luego, miró a Holm, le hizo una seña, y ambos salieron de aquel cuarto. Segundos después, en su oficina, Chesney atendía la llamada telefónica.

—¿Sí, Strace?

—Ah... Magnífico. ¿Es una mujer?

—Lo sospechaba. Supongo que no sabe usted si es pelirroja o no, Strace.

—...

—Pues tiene que averiguarlo. ¿Ha conseguido su domicilio, claro está.

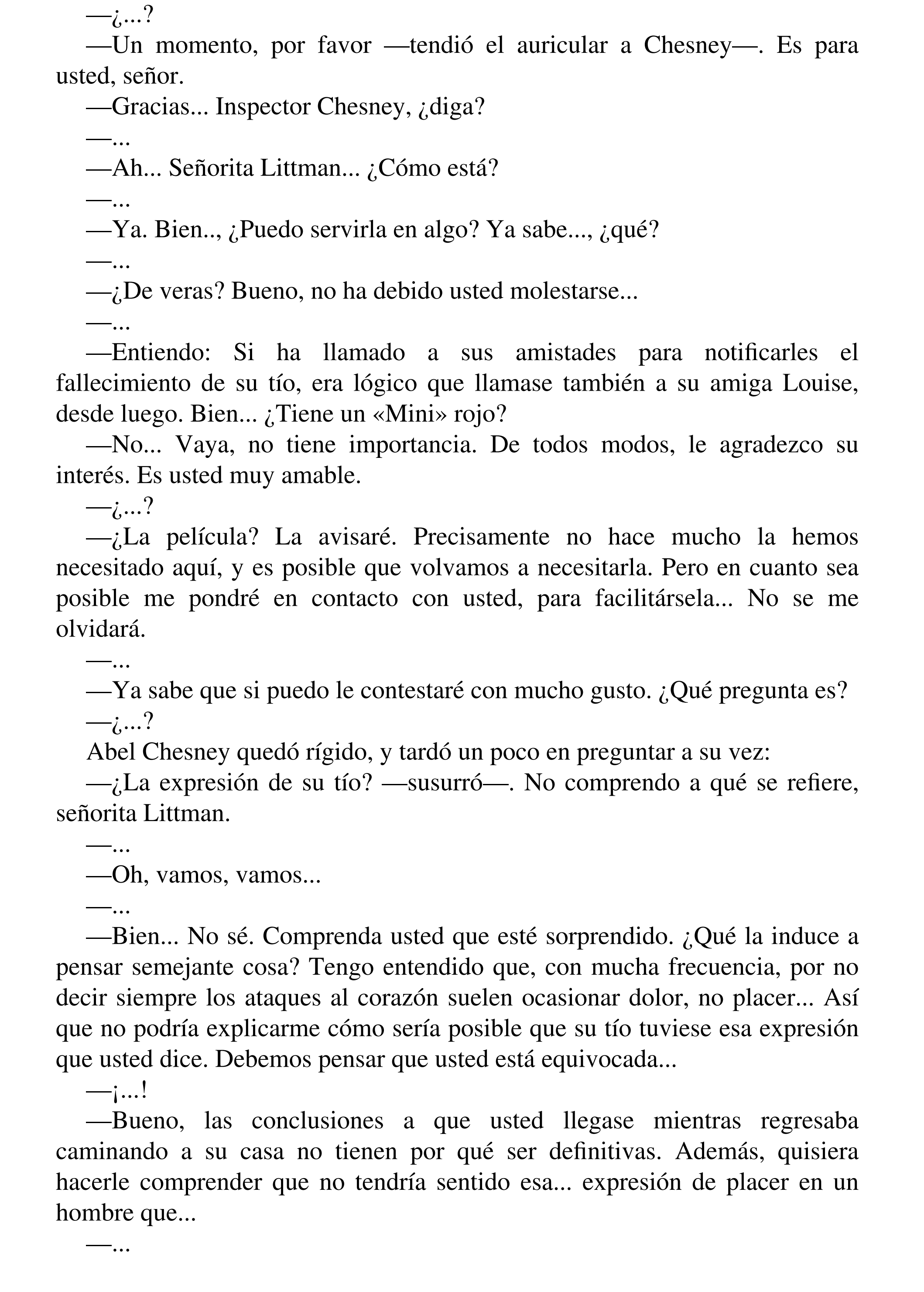
—...

—Perfecto. Voy a anotarlo, un momento. —Holm se apresuró a poner a su alcance papel y bolígrafo—. Sí- Sí. Bien. Vaya para allá y espere a Holm. Y, Strace, no hagan nada: solamente se trata de saber si aparece ese «Mini» rojo con una pelirroja al volante, pero con la máxima discreción, recuérdelo. Si así es, limítese a seguir a esa chica vaya donde vaya. No piensen en nada más. ¿Alguna duda?

—...

—Bien. Adiós, Strace.

Colgó, le entregó el papel a Holm, y éste, sin pronunciar palabra, salió de la oficina. Abel Chesney se quedó mirando la carpeta, la abrió, y contempló


largamente el bello rostro de Lulu Kenwell. Tan joven, tan bella, tan rubia...

El teléfono sonó, y Korby descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿...?

—Un momento, por favor —tendió el auricular a Chesney—. Es para usted, señor.

—Gracias... Inspector Chesney, ¿diga?

—...

—Ah... Señorita Littman... ¿Cómo está?

—...

—Ya. Bien.., ¿Puedo servirla en algo? Ya sabe..., ¿qué?

—...

—¿De veras? Bueno, no ha debido usted molestarse...

—...

—Entiendo: Si ha llamado a sus amistades para notificarles el fallecimiento de su tío, era lógico que llamase también a su amiga Louise, desde luego. Bien... ¿Tiene un «Mini» rojo?

—No... Vaya, no tiene importancia. De todos modos, le agradezco su interés. Es usted muy amable.

—¿...?

—¿La película? La avisaré. Precisamente no hace mucho la hemos necesitado aquí, y es posible que volvamos a necesitarla. Pero en cuanto sea posible me pondré en contacto con usted, para facilitársela... No se me olvidará.

—...

—Ya sabe que si puedo le contestaré con mucho gusto. ¿Qué pregunta es?

—¿...?

Abel Chesney quedó rígido, y tardó un poco en preguntar a su vez:

—¿La expresión de su tío? —susurró—. No comprendo a qué se refiere, señorita Littman.

—...

—Oh, vamos, vamos...

—...

—Bien... No sé. Comprenda usted que esté sorprendido. ¿Qué la induce a pensar semejante cosa? Tengo entendido que, con mucha frecuencia, por no decir siempre los ataques al corazón suelen ocasionar dolor, no placer... Así que no podría explicarme cómo sería posible que su tío tuviese esa expresión que usted dice. Debemos pensar que usted está equivocada...

—¡...!

—Bueno, las conclusiones a que usted llegase mientras regresaba caminando a su casa no tienen por qué ser definitivas. Además, quisiera hacerle comprender que no tendría sentido esa... expresión de placer en un hombre que...

—...

—Mire, señorita Littman, en cuanto pueda disponer de la película se la mostraré, y tendrá que comprender que en modo alguno su tío pudo morir... gozando. Por Dios, esto no tiene sentido, compréndalo.

—...

—¿Por qué tendría que ocultarle nada a usted? Le ruego que se serene... En cuanto disponga de unos minutos libres iré a verla, y conversaremos más tranquilamente sobre esto. ¿Le parece bien?

—...

—Gracias, sí, la llamaré. Adiós, señorita Littman.

Colgó, y se quedó mirando a Korby, pero sin verlo. Estaba pensando en que, a fin de cuentas, Beryl Littman sí que había captado aquella sorprendente mueca de placer en el rostro de lord Wilkesham. La muchacha era lista, y estaba comprendiendo que algo raro sucedía...

—¿Qué sucede, señor? —preguntó Korby, por fin.

Chesney parpadeó, y entonces vio realmente al detective.

—Si Strace o Holm me llamasen, dígales que estoy en mi coche: que me llamen allí.

Y salió de la oficina.

# CAPITULO IV

Tuvo que esperar hasta la seis menos veinte de la tarde dentro del coche, fumando una razonable cantidad de cigarrillos. A esa hora, llegó el «MG» blanco, fue estacionado cerca de la casa cuyo portal estaba vigilando, y una muchacha se apeó. Por intuición, Abel Chesney supo que su espera había terminado.

Y en efecto, la muchacha que se había apeado del coche recién llegado entró en la casa número 28 de Bedford Avenue. Chesney esperó un par de minutos. Luego, fue hacia allá, y subió al tercer piso. Horas antes, había llamado a la puerta 3-B sin obtener respuesta. Ahora, sí la obtuvo, a los pocos segundos.

La puerta se abrió, y la muchacha del «MG» blanco quedó ante él, ya en bata, mirándole con curiosidad. Era joven y bonita, en realidad, muy sugestiva, pero parecía quizá demasiado seria, un tanto seca.

—¿Qué desea? —preguntó.

El policía le mostró su insignia, diciendo:

—Soy Abel Chesney, de Scotland Yard, señorita Davies... ¿Puede recibirme?

Georgina Davies lanzó una exclamación.

—¿Han encontrado por fin a Lulu? —casi gritó.

Chesney notó súbitamente algo helado en el estómago. En realidad, podía haberse marchado ya, sin hacer más preguntas, puesto que la exclamación de la muchacha indicaba bien a las claras que su amiga Lulu Kenwell no había vuelto con ella... .

—No exactamente —susurró—. Pero es posible que tengamos una pista.

Georgina Davies parpadeó, decepcionada.

—¿Otra pista? —Dijo con sarcasmo—. Bueno, será interesante escucharle, señor Chesney. Pase.

—Inspector Chesney —dijo Abel, entrando—. Naturalmente, entiendo que usted no ha vuelto a tener noticias de su amiga.

—Claro que no. ¿Quiere sentarse?

Desde luego, era seca, áspera, poco sociable. Chesney ensayó una de sus sonrisas amables.

—Lo único que quisiera es no molestarla, señorita Davies. De manera que si lo estoy haciendo, dígamelo con toda franqueza, y volveré en otro momento que sea más oportuno.

Georgina quedó boquiabierta un instante. Luego, entornó los ojos, ladeó la cabeza, miró más detenidamente a Chesney..., y acabó por sonreír.

—No me molesta —aseguró—. Por favor, siéntese. ¿Quiere un poco de té?

—Se lo agradecería. Hace más de cuatro horas que la estoy esperando en la calle, y aunque sean más de las cinco una taza de té me sentará estupendamente.

—¿Leche o limón?

—Limón: la vitamina C es muy conveniente.

Georgina emitió una risita, y se dirigió hacia la cocina. Chesney se sentó, echando un vistazo a su alrededor. El apartamento parecía grande, y resultaba agradable y confortable. En una de las paredes había un cuadro que exponía una de las variantes que aconseja el Kamasutra para el amor, y Abel esbozó una sonrisilla irónica.

—¿Le molesta que fume? —alzó la voz.

—Encienda dos —replicó Georgina, desde la cocina.

Apareció un par de minutos después, sirvió té en dos tazas, y señaló a Chesney el medio limón, indicando que se sirviese a su gusto. Ella le estuvo mirando mientras exprimía unas gotas. Luego, tomó el cigarrillo encendido que él le había dejado en el cenicero.

Chesney la miró, sonrió, y señaló el cuadro con la postura del Kamasutra.

—¿Es de usted?

—De Lulu. A mí no me gusta.

—Oh. ¿A ella sí le gustaba?

—Mucho. Era una... Un momento. ¿Por qué ha dicho le gustaba? Estas cosas deben seguir gustándole a Lulu, supongo.

—¿Qué cosas?

—Todo esto de los hombres y las mujeres..., ya sabe.

—Sí, claro. Excelente té, señorita Davies. Dígame: ¿a usted no le gustan estas cosas de hombres y mujeres?

—Lo normal... Y siempre que encuentre un hombre adecuado.

—Ya. ¿Quizá quiere decir que a la señorita Kenwell le... gustan estas cosas más de lo normal?

—Es una maníaca. Y además, está loca. Desde luego, no sé por qué estoy aguantando tanto tiempo sin buscarme otra compañera de apartamento. Ya empieza a resultarme difícil pagarlo yo sola.

—Sí, claro. Parece un buen apartamento, así que debe ser bastante caro. ¿Conoce usted bien a la señorita Kenwell?

—Desde hace muchos años. Fuimos condiscípulas. Luego, nos encontramos en Londres, y decidimos ocupar juntas un apartamento... Dígame la verdad: ¿le ha ocurrido algo a Lulu? Porque tanto tiempo sin...

—No lo sabemos con seguridad. Pero pensamos que quizá esté por Europa, haciendo cine.

—¿Haciendo... qué? —se pasmó Georgina.

—Haciendo cine. ¿No tenía ella aficiones de esa clase?

— ¡Desde luego que no! ¿De dónde ha sacado usted esa idea?

—No lo sé. Se me ha ocurrido..., como podría habérseme ocurrido otra cosa. No sé por qué, tenía la impresión de que a la señorita Kenwell le gustaba el cine.

—¿El cine? Si se refiere a verlo, sí. Pero nunca habló de trabajar ella en eso. Ni por asomo, vamos. Además, dudo mucho que tuviese la menor

oportunidad en ese trabajo, como no fuese para hacer de comparsa. Ya sabe: esas chicas que salen desnudas, o bailando, o nadando... ¡Qué tontería! Jamás Lulu tuvo el menor proyecto en ese sentido.

—¿Qué proyectos tenía ella?

—Ninguno... En realidad, ninguno. Era... como un animalito que sólo pretende vivir, gozando de la vida, y eso es todo. Me di cuenta de ello cuando ya llevábamos viviendo juntas algunas semanas.

—Y no le gustó, ¿verdad?

—No, no me gustó. Pero ¿qué podía hacer? Decidimos que ella viviese la vida a su manera y yo a la mía.

—¿Y cómo vivía ella?

—Como una loca. Siempre tenía líos, juergas, amigos... Lo que suele llamarse una golfita, vamos.

—Entiendo. ¿Conocía usted a sus amigos?

—¡Desde luego que no! Desde el principio dejamos las cosas bien claras en ese sentido: fuera de aquí, podía hacer lo que quisiera, pero al apartamento no podía traer a nadie. Así que, salvo algunas cosas que ella me contaba de vez en cuando, no sé nada de lo que hacía por ahí y quiénes eran sus amigos.

—¿Qué cosas le contaba ella?

—Ya se lo he dicho... Cosas que me hacían comprender que ella vivía como una idiota golfita.

—Pero a pesar de eso, usted la quería.

—Sí..., sí, a pesar de eso. Habíamos crecido juntas, nos conocíamos bien... Sí, la quería. Pero..., ¿por qué hablamos de ella en pasado? Dígame la verdad: ¿le ha ocurrido algo?

—De verdad que no lo sabemos.

—Pero..., usted ha venido a verme porque han sabido algo nuevo, ¿no? Todo lo que le estoy diciendo a usted ya lo hice hace meses a otros policías... ¿Qué han sabido ahora? Sí, tienen que haber sabido algo... Todos estos meses sin noticias de ella... Lulu me habría dicho algo, estuviera donde estuviese... Me habría llamado por teléfono, me habría escrito, o me habría enviado una postal... Algo. Y no ha sido así. ¿Han... han encontrado ustedes su... su...?

—¿Su cadáver? No, no, de veras.

—Pero algo nuevo ha ocurrido, algo han sabido ustedes...

—En realidad —dijo Chesney, tras apurar el té—, sólo he venido a preguntarle si ella hacía cine o tenía proyectos en ese sentido, señorita Davies.

—Ya le he contestado. Pero usted a mí, no, inspector.

—¿Realmente no tiene ninguna idea sobre quiénes eran sus amigos, adónde iba, qué hacía...? Quizá ella mencionó alguna vez a alguien: un hombre, u otra amiga, un lugar...

—¡Mencionaba tantos nombres y tantos lugares que nunca se me quedó ninguno en la memoria. Ya dije eso también hace meses. ¿No piensa decirme la verdad de lo que pasa... ahora?

—Bueno...

—Han encontrado su cadáver, estoy segura. ¿Sí?

—¿Por qué está usted segura de eso?

—Porque si ella no hubiese muerto, se habría puesto en contacto conmigo, me habría avisado de que se iba... No sé. Desde luego, era... o es una chiflada, pero nunca me habría dejado así, sin explicaciones durante tantos meses. Por eso... hace ya tiempo que tengo la seguridad de que ella ha muerto. ¿Es así?

—De verdad que no lo sé, señorita Davies. Ocurre que, periódicamente, en Scotland Yard removemos los casos que quedaron pendientes el año anterior, y buscamos nuevas posibilidades para solucionarlos. A veces, lo que no se ha visto claro en su tiempo, se ve clarísimo meses más tarde... ¿Comprende?

—Me está engañando.

—Sea juiciosa. Si su amiga hubiese aparecido muerta, ¿por qué iba yo a ocultárselo a usted? Por el contrario, le diría que ya la habíamos encontrado, y que emprendíamos las investigaciones referentes a su muerte... ¿No le parece?

—Sí..., sí, claro. Pero al hablarme de eso, del cine...

—Hace poco, la Interpol encontró en Cannes un grupo de gente que se dedicaba a la trata de blancas con destino a Oriente Medio, y había algunas muchachas inglesas. Su amiga Lulu no estaba entre ellas, pero pensamos que podía haber estado, engañada por aquella gente, que empleaba el clásico truco de ofrecerle la fama y todo eso... Por eso le he preguntado si Lulu Kenwell sentía inclinación por ser actriz de cine.

—No... Ninguna.

—Bueno, señorita Davies, ha sido amable en verdad. Muchas gracias por el té. Adiós.

Chesney se había puesto en pie, pero Georgina Davies permaneció sentada, mirándole fijamente, hasta que, de pronto, bajó la cabeza, y comenzó a retorcerse los dedos.

—Adiós —dijo con voz crispada.

—Si necesita...

—No. Márchese.

El inspector de Scotland Yard vaciló, pero acabó por comprender que lo mejor era dejar sola a la muchacha, en efecto. No cabía duda de que Georgina Davies sentía verdadero afecto por Lulu Kenwell, y que su visita había reavivado los recuerdos, las esperanzas..., y los temores. ¿Qué podía hacer él?

—La tendré al corriente de esta nueva investigación —musitó Chesney—. Adiós y gracias de nuevo.

Dos minutos más tarde, estaba de nuevo en su coche, pensativo, sombrío. Terminaba de encender otro cigarrillo cuando sonó el radioteléfono.

—Inspector Chesney —dijo, tras descolgar el auricular.

—Chesney, soy Malcolm: hemos terminado con la autopsia de lord Wilkesham, así que salvo sus indicaciones en sentido contrario, avisaremos a la señorita Littman para que se haga cargo del cadáver. ¿Procedemos?

—Sí... Sí, desde luego. ¿Algo nuevo, con la autopsia?

—No. Colapso cardíaco, eso es todo.

—Está bien. Gracias, doctor.

—Adiós.

—Adiós...

Colgó, se quedó pensativo, y volvió a descolgar, pidiendo comunicación con el coche que ocupaban Strace y Holm. Fue Strace quien atendió la llamada.

—Strace, ¿cómo va eso?

—Nada, señor. Estamos casi delante mismo de la casa, pero la chica no aparece.

—Está bien. Voy a pasar por el Yard para enviarles relevo. Los tres necesitamos dormir.

—En efecto. Gracias, señor. ¿Ha visto los periódicos de la tarde?

—No —se envaró Chesney—. ¿Por qué?

—Mencionan la muerte de lord Wilkesham... Pero no le dan mayor importancia. Bueno, quiero decir que, al parecer, no están al corriente de que estamos emprendiendo una investigación al respecto.

—Mejor. Hasta luego, Strace.

—Hasta luego, señor.

Chesney volvió a colgar, puso el coche en marcha, y salió a Totenham Court Road. Estaba rondando por St. Giles Circle cuando sonó el teléfono. Lo descolgó sin dejar de conducir.

—Inspector Chesney —dijo.

—Inspector —sonó excitada la voz de Strace—, la chica acaba de llegar. Es una pelirroja estupenda, de veras.

—Bien. ¿Ha llegado sola?

—Sí... Sí, sí, desde luego. Parece que ha estado en el campo, o algo así.

—¿Qué quiere decir?

—Lleva pantalones vaqueros, jersey, zapatos de campo..., y parece que el sol de este hermoso día que hemos tenido se ha quedado en muy buena parte de su rostro. ¿Qué hacemos?

—Nada. Voy para allá.

Veinte minutos más tarde, ya de noche, Abel Chesney detenía su coche en Lever Street, en Finsbury, y, a pie, se dirigió al coche que ocupaban los dos detectives. Se sentó atrás, y señaló hacia el número 114 de la calle.

—Sigue ahí dentro, claro.

—Sí, señor. Allá está el coche.

Miró hacia donde señalaba Strace, vio el «Mini» de color rojo, y asintió con la cabeza.

—¿Les parece que sigamos un poco más con Daisy Vallance, o pido el relevo desde aquí mismo? —preguntó.

—Bueno, señor —sonrió Holm—, yo creo que las cosas se van a poner interesantes ahora, así que no quisiera darles el plato servido a otros. Además, vale la pena andar tras esa chica pelirroja.

Estaban los tres verdaderamente fatigados, pero Chesney se permitió

también una sonrisa.

—Pues andaremos tras ella.

—Aunque —añadió, expectante, Holm—, me pregunto para qué, señor. Claro que si fuese cierto lo que Strace me ha dicho que usted sugirió al señor superintendente... ¡Por el cielo, no puede existir una cosa así!

—Yo no he dicho que exista —murmuró Chesney—, Sin embargo, he estado con Georgina Davies, la amiga de Lulu Kenwell, y me ha dicho que Lulu jamás sintió interés alguno por trabajar en el cine, y que, desde luego, no tenía el menor talento. Ha dicho que era..., o es, solamente una golfita con ganas de vivir.

—Pues si lo que usted ha suge...

—Ahí sale Daisy Vallance —dijo Strace—. Y parece que ha cambiado de indumentaria. Ha debido venir a su apartamento para eso. ¿Adónde debe ir ahora?

—Podríamos interesarnos en ello —sugirió Chesney.

Salió del coche, aprovechando que la pelirroja les volvía la espalda, caminando hacia el «Mini». Chesney fue al suyo, y, a los pocos segundos, los tres vehículos se ponían en marcha.

Poco después, cruzaban el río, por Chelsea Bridge, bajaron por Queenstown Road hasta Battersea Park Road, y siguieron por ésta, hasta que el «Mini» rojo giró a la izquierda al llegar aproximadamente a la altura del centro de Battersea Park. Sin empacho alguno, los hombres de Scotland Yard hicieron lo mismo, vieron el «Mini» detenerse, y pasaron justo cuando la pelirroja Daisy Vallance se apeaba, de modo que ella tuvo que esperar para cruzar aquella calle corta y estrecha, pero agradable, bien iluminada. Strace y Holm se detuvieron al encontrar el primer hueco para estacionar el coche, vuelto Strace para contemplar a la muchacha. El coche de Chesney desapareció en la siguiente esquina.

Casi en seguida, también Chesney encontró aparcamiento. Detuvo el coche, esperó medio minuto, y pidió comunicación radiotelefónica con el coche de sus hombres.

—¿Strace? ¿Han podido verla bien?

—Sí, señor. Ha entrado en un club, que tiene un bonito y elegante letrero luminoso. El Fair Play Club. Tiene buen aspecto.

—Bien... Tendríamos que ingeniárnoslas para poder entrar en ese club y ver qué...

—Ya sale, señor.

—¿La pelirroja? —se pasmó Chesney.

—Sí, señor. Lleva un portafolios. Y la acompaña un hombre. Un sujeto alto y guapo de veras. Van sonriendo... Parece que van al «Mini». Sí..., sí, van al coche de ella, sin duda...

—Síganlos.

—Sí, señor.

Chesney colgó, encendió un cigarrillo, y esperó a terminarlo,

calmosamente. Luego, salió del coche, lo cerró, y regresó a pie hacia la calle donde se había detenido el «Mini». En efecto, en seguida vio el letrero luminoso del Fair Play Club.

Abel Chesney aspiró hondo.

—Veamos qué hay en ese club —se dijo.

* * *

Había un pequeño zaguán, y luego la puerta, forrada de rojo. A un lado, un cartelito perfectamente visible indicaba:

MEMBERS ONLY

Chesney no se inmutó por aquella indicación de que el club era sólo para socios; no se admitían extraños. Muy bien. Empujó la puerta, entró, y se encontró con un bonito vestíbulo tapizado también de rojo, muy acogedor, y agradablemente iluminado. A la derecha había un confortable tresillo, con una mesita lacada en negro. A la izquierda, el guardarropa. Fuera de éste había un hombre alto y bien parecido, uniformado como si fuese poco menos que almirante. Detrás del mostrador, una hermosa muchacha, que tenía como fondo algunos abrigos colgados. Los dos estaban conversando, sonrientes, y le miraron a la vez, con gesto amable.

El portero se acercó presurosamente.

—Buenas noches, señor.

—Buenas noches... —saludó, no menos amablemente, Chesney—, No traigo abrigo. El tiempo es todavía bueno, ¿verdad?

—Oh, sí, señor. Y ojalá dure.

—Ojalá. Bien. —Chesney señaló la puerta que debía comunicar con el salón del club—, voy a ver...

—¿Es usted un nuevo socio, señor?

—Pues... no. No.

—Espero que haya usted visto el cartel afuera, señor: este club es sólo para socios, no para público en general. Espero que usted lo comprenda.

Chesney comprendió que jamás conseguiría convencer al portero, así que sacó su credencial, y la mostró, con gesto amable.

—Soy nuevo en el sector —explicó—, y solamente quería conocer bien el terreno donde tendré que trabajar. No es mi intención molestar a nadie. Echaré un vistazo y me iré.

—Lo siento, señor —el portero movía negativamente la cabeza—. Mis órdenes son muy estrictas en este sentido, y sé muy bien que...

—Me parece que los dos nos estamos complicando la vida —suspiró Abel —. No tenía especial interés por este club, pero usted me está haciendo pensar que quizá sería interesante que yo fuese a conseguir una orden judicial... Me llevaría menos de una hora.

El hombre vaciló visiblemente, antes de murmurar:

—¿Puede esperar unos segundos, señor?

—Desde luego.

A un lado del guardarropa había un teléfono con un cuadro de botones para varias comunicaciones interiores. El portero descolgó el auricular, y apretó uno de los botones. Chesney contemplaba a la muchacha del guardarropa, que a su vez le miraba con curiosidad...

—¿Señor Hocking? Soy Harry, señor. Hay aquí un caballero de Scotland Yard que pretende entrar en el club.

—¿...?

—Bueno, le he dicho que era sólo para socios, y que...

—!...!

—Sí..., sí, señor, sí... Entiendo. Lo siento, señor Hocking.

Colgó, un tanto mosqueado, y se volvió hacia Chesney.

—Puede usted pasar, señor.

—Gracias. —El portero fue a abrirle la puerta, y Chesney repitió—: Gracias, muy amable.

—Discúlpeme, pero mis órdenes eran...

—No se preocupe. Jamás podría sentir rencor hacia una persona que sabe cumplir órdenes. Olvídelo, Harry.

—Gracias, señor. Usted sí que es en verdad amable.

Abel Chesney entró en el Fair Play Club, por fin. Se quedó de espaldas a la puerta, que se cerró tras él, mirando a todos lados. Encantador. Sencilla y simplemente encantador.

Era un salón grande, también tapizado de rojo suave, con las luces muy bien distribuidas. A la izquierda estaba el bar, atendido por un camarero y una camarera. A la derecha, varios sillones. También a la derecha, pero más al fondo, algunas mesas para juego, ocupadas por mujeres de edad algo avanzada. Ellas jugaban, mientras los hombres conversaban, sentados en los sillones. Al fondo había un piano. A la izquierda, junto al mostrador, había una puerta, encima de la cual se indicaba que aquélla era la sala de billar. Luego, había mesas en rinconcitos íntimos, logrados con elegantes separaciones...

Hacia el final del mostrador había otra puerta, que se abrió, dejando paso a un hombre bajito, sonrosado, con lentes. Tenía la cara redonda, simpática. Vestía con una elegancia que, teniendo en cuenta su tipo rechoncho, hizo a Chesney envidiarle su sastre... Este hombrecillo fue quien se acercó a él, sonriendo.

—¿Es usted el caballero de Scotland Yard, supongo?

—Sí, en efecto. Inspector Chesney.

—Es un placer —el gordito le tendió la mano—. Yo soy Bill Hocking, director del club. Tengo que rogarle que disculpe a Harry —sonrió—; es muy buen muchacho, pero un poco duro de mollera, ¿usted entiende? Se le dice que no debe entrar nadie ajeno al club, y él sólo entiende eso.

—Lo comprendo muy bien —sonrió Abel.

—Por otra parte, francamente, la policía nunca ha tenido motivos para...

—Estoy convencido de que este club es correcto, señor Hocking. Sólo hay que echar un vistazo a sus socios. Pero ocurre que soy nuevo en el sector, y quería saber todo lo posible sobre él.

—Muy lógico. Bien... ¿Qué quiere usted saber o ver? Con mucho gusto le iré mostrando todas las dependencias, o dando las explicaciones que desee...

—Hola... —sonó una voz jovial junto a Chesney—. ¿Vamos a tener un nuevo socio, Bill?

Abel miró al hombre de la voz jovial..., y que debía tener no menos de sesenta años. Su aspecto no podía ser más ajustado al del clásico gentleman: elegante, serio, agradable, con abundante cabello blanco en su bien formada cabeza... Chesney, le sonrió y miró a Hocking, esperando la presentación. Y al mirarle, vio la mirada suplicante del director del club. Comprendió en seguida, y se adelantó a su explicación:

—Es posible que me decida —explicó—. La verdad es que éste es un lugar muy agradable.

—¿De veras? —Brillaron los ojos oscuros del otro—, ¡Es formidable oír eso! ¡Desde luego, este club es único, así que...!

—El señor Chesney todavía no está decidido, lord Winter —intervino Hocking—. Pero si se decidiese, no dudo que usted le avalaría.

—¿Yo? —Se sorprendió lord Winter—, ¡Cómo...! ¿Acaso no ha venido ya recomendado?

—No, no —sonrió Hocking—. Simplemente, pasaba por aquí, le ha gustado el aspecto del club, y se estaba interesando por los trámites para pertenecer a él.

—Ah... Ah, entiendo. Bien, por supuesto, no tendría inconveniente en ser uno de sus introductores: parece un joven muy correcto.

—Es usted muy amable, lord Winter —sonrió Chesney, cortés.

—Lógicamente, comprenderá usted que todas estas personas no nos reunimos aquí para fastidiamos unos a otros, sino todo lo contrario. Todos somos excelentes amigos, aunque a veces discutamos un poco. Por eso me he marchado del grupo. Se han empeñado en encontrar algún plan especial a la visita del presidente Pompidou a China... ¿Usted qué opina?

—¿Respecto a la visita del presidente francés a China? —Alzó las cejas Chesney—. Bien, creo que cualquier actividad de un gobernante encaminada a trabar amistad con los demás países del mundo sólo puede merecer elogios, francamente.

—¿De veras piensa eso?

—Pues... Si. Sí, sí, desde luego.

—Caramba... Y me pregunto yo: ¿qué necesidad tiene Francia de hacerse amiga de China?

—Bueno, quizá...

—Vamos, vamos, lord Winter —rió Hocking—, no le complique usted la vida al señor Chesney: todavía no le hemos admitido... Un poco de paciencia.

—Es verdad. Voy a volver al grupo y expondré el punto de vista del señor Chesney... ¿Me permite usted utilizar su opinión, señor Chesney?

—No faltaba más.

—Muy agradecido. Nos veremos luego.

—Será un placer, lord Winter.

El caballero se alejó, en dirección al grupo sentado en los sillones, y Hocking lanzó un suspiro.

—Gracias, inspector. Se dará usted cuenta de que no hay nada que ocultar en este club, pero a veces, algunos socios se... molestan por la presencia de la policía. Especialmente, cuando los socios son de gran calidad.

—No me diga usted que todos tienen el título de lord, señor Hocking.

—No, no —rió éste—. Todos, no, por supuesto. Pero, en conjunto, nuestros socios tienen un nivel social..., poco corriente en un club privado, ¿comprende usted? Por otra parte, habrá usted observado que es un club familiar... Sí, yo diría que el club forma una gran y selecta familia...

—Con pocos miembros jóvenes —murmuró Chesney.

—Oh, bueno... Usted debe conocer a la juventud mejor que yo, sin duda. Ya sabe: eso de encerrarse a charlar, o a jugar al bridge o al billar, o a tomar una copa apaciblemente no es cosa que les entusiasme. Tiene actividades más... ¿cómo diría yo...?

—¿Alegres?

—Bueno, según el punto de vista de ellos, supongo que sí —volvió a reír Hocking—. Pero no me imagino a lady Winter, por ejemplo, bailando en uno de esos sitios llenos de humo y de ruido y tomando coca-cola..., o drogas. ¿Usted entiende?

—Naturalmente.

—Le mostraré el club. No es muy grande, pero no es necesario, ya que tenemos pocos socios... y muy selectos. ¿Le gusta a usted el billar?

—Hace años que no juego —sonrió Chesney—. Pero me gusta, y no lo hacía mal, según recuerdo.

—Tenemos aquí verdaderos artistas del billar —aseguró Hocking—, Venga, por favor.

Señaló la puerta correspondiente, y se dirigieron hacia allá, mientras Chesney volvía discretamente la cabeza. En efecto, aparte del camarero y la camarera, la persona más joven allí era él, al menos en aquel momento. Las demás personas tenían todas más de cuarenta años. Algunas, parecían tener no menos de setenta. Lo cual, sin duda, contribuía a crear aquel ambiente tan, tan, tan tranquilo que hasta permitía a uno de los socios dormitar en un sillón, con un periódico caído a sus pies. Se estaba tan bien allí, tan grato era el ambiente, que Abel Chesney incluso llegó a pensar que no era mala idea la de inscribirse en el club.

Pero, al mismo tiempo, tenía otra idea en la cabeza: la de que lord Wilkesham había pertenecido al Fair Play Club. Y todo esto, por una muchacha pelirroja que había estado mirando hacia la ventana del saloncito

del viejo lord y había escapado luego a toda prisa. ¿Casualidad? ¿Podía ser casualidad..., o realmente, como sospechaba, la pelirroja Daisy Vallance había sido la encargada de llevarle por la noche la película a lord Wilkesham, y de recogerla por la mañana, antes de que el ayuda de cámara regresase?

En la sala de billar, donde sólo jugaban hombres, Abel Chesney fue presentado como un probable futuro socio, y Hocking añadió que tendrían en él un digno rival en el juego de las tres bolas. Esta indicación fue acogida con agrado, y Chesney se encontró antes de darse cuenta con un taco en las manos. No tuvo más remedio que realizar unas cuantas carambolas, que fueron aplaudidas muy elegantemente.

Había poca cosa más para ver, aparte de los servicios: un almacén al que se llegaba recorriendo un largo pasillo que tenía una puerta al fondo, y que daba a la calle de atrás; en el almacén se guardaban cajas de bebidas, preferentemente minerales, tónicas y champaña, y algunos vinos españoles. Otra sala, acondicionada como un pequeño cine, pero que en lugar de pantalla tenía un gran televisor...

—Tendría usted que ver a los socios del club cuando televisan un partido de fútbol o de rugby —rió Hocking—, Se excitan como jovencitos. Con las carreras de caballos es diferente.

—Entiendo. ¿Sólo vienen aquí a ver programas deportivos?

—Por lo general, sí. Bueno, no hay nada más, inspector. Sólo falta mi despacho. Venga, por favor.

El despacho de William Hocking no era muy grande, pero sí confortable y elegante, como todo club, y muy bien acondicionado. Al salir de él, recorrieron un corto pasillo, Hocking abrió una puerta, y ambos se encontraron de nuevo en el salón central...

—Ah, ahí está —oyeron—. Señor Chesney, por favor, ¿quiere venir?

—Me parece que se las ha cargado usted —rió Hocking, por lo bajo.

—¿Qué quiere usted decir?

—Se lo diré de este modo: a menos que a usted le guste discutir, y no tenga ninguna prisa, diga que sí a todo y escape de ese grupo a toda velocidad.

—¿Y si me gustase discutir?

—Santo cielo..., ¡no saldría usted de aquí hasta la una de la madrugada!

—Me parece que voy a decir que sí a todo —rió Chesney.

Lord Winter, tras llamarle, acudía presurosamente hacia él. Le tomó de un brazo, lo llevó al grupo de furibundos conversadores, y lo presentó, especificando que la opinión que antes había expuesto respecto a la visita del presidente de Francia a China tenía su origen en el joven señor Chesney.

Fue terrible.

Durante más de media hora, Abel Chesney tuvo que afrontar las consecuencias de sus opiniones. Ni siquiera sabía si aquellos correctísimos caballeros estaban de acuerdo con él o no. Simplemente, allá se discutía, se hacían cábalas y conjeturas de todas clases, se hablaba de espionaje... Una

botella de jerez desapareció en el transcurso de esa media hora. Y, por fortuna, cuatro de las damas que habían estado jugando a las cartas, terminaron la partida, y se unieron al grupo..., para desencanto de los caballeros, que, no obstante, por supuesto, se mostraron correctísimos, muy corteses. Una de las damas arrugó la nariz al ver las copas de vino, y sugirió que una copa de champaña resultaba más refrescante y menos violenta...

Abel Chesney se puso en pie como un rayo.

—Permítame ofrecérsela, señora —sugirió galante.

Se dirigió al mostrador, y pidió una copa de champaña. La dama llegó y se sentó en uno de los taburetes. Chesney parpadeó, encogió los hombros, y ocupó otro.

—¿No bebe usted? —se interesó la dama.

—Me temo que ya he bebido, señora.

—Oh, sí... Ese vino es terrible, ¿no le parece? Lo llaman «sol de España embotellado», o algo así, y realmente, es como si uno se tragase una bola de fuego... ¿No está de acuerdo?

—Creo que depende de quién lo beba —sonrió Chesney, con simpatía.

—Ah..., sí, claro, es posible. ¿Le han admitido ya?

—¿En el club? Me temo que no, ya que no conozco a nadie y entiendo que hay que presentar un par de socios que firmen la propuesta.

—Sí, es cierto. Pero usted es un joven muy simpático, y no creo que tenga problemas en ese sentido. ¿A qué se dedica? Espere, no me lo diga... ¿Es profesor de algo?

—No —rió Abel—. No, no.

—Mmm... ¿Director de empresa?

—Tampoco.

—Veamos... ¿Arquitecto?

—No.

—¿Médico?

—No, no.

—Bueno, joven, a algo debe usted dedicarse, ¿no es así?

—Soy escritor.

—Oh... ¡Oh! ¡Me encantan los escritores! ¿Qué escribe usted? ¿Novelas? Espere, espere, voy a llamar a mis amigas... ¡Un escritor! ¡No teníamos ninguno en el club! —Estaba haciendo señas con las manos, muy excitada, y Chesney cerró los ojos un instante cuando vio acercarse a varias damas, a toda prisa—. ¡Tiene usted que decimos cómo trabaja un escritor, señor Chesney! Queridas: ¿a que no adivináis a qué se dedica el señor Chesney?

El señor Chesney comenzaba a notar un sudor de angustia en todo el cuerpo, pero la cosa no resultó demasiado trágica. Ni siquiera tuvo que pagar el champaña que consumieron las damas, porque Hocking, que se acercó finalmente a sacarlo del círculo femenino, dictaminó que era una invitación del club. Un par de caballeros de los que habían estado discutiendo de política se habían acercado, y tomaban ya parte en la con-versación sobre temas

literarios... Una mano cayó sobre un hombro de Chesney.

—Caramba, caramba —dijo lord Winter, palmeándole el hombro—. ¡Un escritor! Bueno, señor Chesney, si necesita usted firmas para pertenecer al club, cuente con la mía.

—Un momento, Sterling —intervino la primera dama en pedir champaña —. Yo se la ofrecí primero.

—¡Buena idea! —Exclamó el profesor Rathbone—. Por cierto: yo estaba necesitando ayuda para escribir una tesis que tengo pensada sobre...

Hocking, que captaba los deseos de Chesney de marcharse, tuvo que recurrir a toda su habilidad y tacto para salvarlo de la nueva encerrona que se le tendía. Y una vez afuera, en el vestíbulo, bajo la curiosa mirada del portero Harry y de la chica del guardarropa, Chesney lanzó un profundo suspiro de alivio.

—Cielos... ¡Es terrible! Bueno, en realidad, es formidable, señor Hocking.

—A menos —le miraba irónicamente Hocking— que uno tenga otras cosas que hacer, señor Chesney.

—Sí, claro... Pero son personas encantadoras, de veras.

—Así lo creo yo también. Le estoy muy agradecido por su discreción, pero temo que se ha metido en un lío..., a menos —rió—, que también sea escritor.

—Será mejor que advierta a Harry que no mencione que soy de Scotland Yard —rió Chesney—. Bien, señor Hocking, ya no le molesto más.

—Usted tiene que ser simpático de verdad para que le hayan acogido de ese modo, inspector. Vuelva cuando quiera..., si se atreve.

Rieron los dos, y segundos después, Abel Chesney se encontraba en la calle, con la desagradable sorpresa de una neblina que se iba espesando rápidamente. Fue a su coche, y ya ante el volante, se sorprendió a si mismo sonriendo.

—Sí señor —dijo en voz alta—; gente encantadora.

Todavía sonriendo, recurrió una vez más al radioteléfono, para pedir comunicación con el coche de Strace y Holm. Esta vez le contestó Holm:

—Seguimos tras el coche, inspector. Hemos salido de Londres.

—¿Dónde está ahora?

—Acabamos de pasar por Beckton.

—¿Van hacia la costa? —se sorprendió Chesney.

—Eso parece, señor.

—Bien .. Dígame dónde se detienen, para enviarles relevo...

—Estamos despejados, señor. Si usted no tiene inconveniente, preferimos seguir a la pelirroja.

—Ningún inconveniente, Holm.

—Gracias, señor. ¿Ha conseguido saber algo interesante en ese club?

—Pues..., sí, en cierto modo. Está lleno de gente encantadora.

—¿Gente encantadora?

—Así es. Ya les explicaré. Holm, yo voy ahora al Yard, y dormiré un rato allí, esperando noticias de ustedes. Si algo no fuese bien, en cualquier sentido,

o les entrase sueño, llamen inmediatamente.

—Sí, señor.

—Bien. Hasta luego.

Colgó, y todavía no había retirado la mano cuando el teléfono sonó.

—Inspector Chesney —atendió la llamada.

—Señor, soy Korby. Llevo unos minutos llamándole, pero no contestaba. Me dijeron que me avisarían cuando usted estuviese en el coche...

—Está bien, Korby. ¿Qué ocurre?

—La señorita Littman le ha llamado por teléfono, y ha dejado un recado para usted: los datos sobre el sepelio de lord Wilkesham, por si usted quería asistir.

—¿Asistir yo al entierro de lord Wilkesham? ¿Por qué?

—No lo sé, señor. Ese es el recado.

—Está bien, Korby. Voy ahora para allá, y me haré cargo de esos datos.

Colgó, y quedó pensativo. ¿Beryl Littman pensaba que él iba a asistir al entierro de lord Wilkesham? ¿Por qué tenía que hacerlo? Desde luego, no tenía la menor obligación en ese sentido..., pero, de pronto, la imagen del bello e inteligente rostro de Beryl Littman brilló en su mente como un destello cegador. Y, no poco sorprendido, Abel Chesney se dio cuenta de que, durante todo el día, en realidad, no había dejado de pensar en la muchacha de los sorprendentes ojos entre verde y marrón.

—Estaría bueno —refunfuñó Chesney—. ¡Estaría bueno! A mi edad comenzar con estas tonterías... ¡Desde luego, que no pienso asistir al entierro!

# CAPITULO V

El entierro de lord Wilkesham se realizó bajo una fina llovizna fría y persistente. Tan fina que parecía no existir, pero iba empapando los paraguas, y las ropas de los que no habían tenido la precaución de proveerse de tan utilísimo adminículo.

El inspector Abel Chesney era uno de éstos.

Un poco alejado del grueso de los asistentes, fruncido el ceño, oía, sin escucharlas, las palabras con que se despedía la materia que en este mundo había sido lord Wilkesham. Al principio, se había sorprendido un poco, sólo un poco, al ver allí a la gente encantadora que por la noche había conocido en el Fair Play Club, que a su vez le habían mirado con cierta sorpresa. Había otras muchas personas, pero Chesney pensaba especialmente en las del club. ¿Por qué sorprenderse? Cada vez estaba más convencido de que lord Wilkesham había pertenecido al Fair Play Club, y, en cuanto el entierro terminase, tenía intención de preguntárselo directamente a Oliver Dawson, el ayuda de cámara, o a la propia Beryl Littman.

La muchacha permanecía inmóvil junto a la tumba, con la cabeza baja. Junto a ella estaba Oliver Dawson, sosteniendo el paraguas, y mirando de cuando en cuando, con expresión expectante y un tanto estúpida, al inspector de Scotland Yard. Daba la impresión de un niño que espera ver salir un conejo de un sombrero. Beryl Littman le había mirado un par de veces. La primera vez, le había sonreído, dulcemente, y Chesney había fruncido el ceño, porque le pareció que en aquella sonrisa se plasmaba la seguridad de la muchacha de que él asistirla al sepelio. Desde luego, ella estaba muy serena y justa en su papel de único familiar del difunto.

La segunda vez que le miró fue para ofrecerle, con un sencillo gesto, que fuera a cobijarse bajo su paraguas, pero él movió negativamente la cabeza, y frunció el ceño, de nuevo. ¡Qué ojos y qué rostro tan maravillosamente expresivo tenía Beryl Littman! Con una sola mirada, podía decirlo todo...

Cuando, por detrás de los asistentes al sepelio, aparecieron Holm y Strace, el ceño de Chesney se frunció, y esta vez con verdaderos motivos. Mojándose, los dos detectives se quedaron algo alejados, mohínos, posiblemente pensando que aquella llovizna no era nada comparado con el chaparrón que les iba a caer encima cuando el inspector Chesney se encarase con ellos. De todos modos, se lo merecían, ésa era la verdad. Sí, se lo merecían.

Habían seguido a la pelirroja Daisy Vallance hasta Southend-on-Sea, localidad donde puso fin a su viaje la joven del «Mini» rojo, en un castillo junto al mar. Sí, un castillo viejo, lóbrego y sórdido, al menos visto por fuera. La pelirroja y su guapo acompañante habían dejado el coche a la entrada del castillo de cuatro agudos torreones, y habían entrado en éste. Para entonces, eran casi las nueve de la noche, y los dos detectives se habían dispuesto a

esperar que la muchacha y su amigo saliesen del castillo. Sólo que a las diez aún no habían salido. Ni a las once. Ni a las doce, ni a la una, ni a las dos, ni a las tres... Habían decidido entonces hacer dos tumos, pues se caían de sueño. Holm hizo el primero, de tres a cinco de la madrugada. Strace hizo el segundo, de cinco a siete..., pero cuando despertó, sobresaltado, no eran las siete, sino las ocho menos diez... y el «Mini» ya no estaba delante del castillo.

Sería una reprimenda justa, sin la menor duda.

El sepelio terminó, y los asistentes comenzaron a despedirse de Beryl Littman, deseosos de volver a sus coches. Chesney se acercó a sus dos subalternos, y Strace, rojo como un tomate, adelantó su paraguas.

—Gracias, Strace.

—De nada, señor. Bueno, yo…

—Es lo malo de tener turno de noche. Olvídelo. ¿Averiguaron a quién pertenece ese castillo?

Strace no pudo contener un profundo suspiro de alivio.

—Sí, señor. A una viuda llamada lady Cavendish... Vive ahí hace muchos años, con sus dos hermanas, Agatha y Priscille, unos cuantos criados y algunos perros. Son gente muy conocida en Southend-on-Sea, aunque hace bastante tiempo que no se relacionan con nadie. El castillo está junto al mar, y resulta... tétrico. Bueno, de día no tanto, pero con la lluvia...

—Entiendo. Bien, habrá que recuperar la pista de Daisy Vallance mientras yo intento algo acerca de esas tres damas. Como he dormido unas horas, puedo encargarme de eso. Ustedes vayan a descansar.

Strace se mordió los labios, antes de mascullar:

—Me temo que nosotros también hemos dormido, señor, así que si le parece bien, podemos seguir en esto.

Abel Chesney les dirigió una mirada tan irónica que ambos enrojecieron, y Holm se apresuró a decir:

—No volveremos a dormimos, señor.

—De acuerdo. Vean primero si el coche está delante de la casa de...

—No está allí, señor. Ya hemos mirado. Tampoco está por los alrededores del Fair Play Club.

—Quizá la chica haya vuelto a tomarse un día de campo —sugirió Strace.

—Podría ser, sí —admitió Chesney—: hace un tiempo muy adecuado para ello. Hasta es posible que encuentren setas.

Strace volvió a morderse los labios y a enrojecer, mientras Holm se veía impotente para contener una sonrisa.

—¿Qué hacemos? —preguntó.

—Vayan al Yard, pidan dos hombres con coche, y dedíquense los cuatro a vigilar la casa de la pelirroja y el Fair Play Club. En cuanto ella aparezca en un sitio u otro, me avisan. Sólo eso..., y nada menos que eso.

—Sí, señor, descuide: no le fallaremos esta vez.

—Si mi teléfono no contesta, vayan insistiendo cada cinco minutos.

—Sí, señor, sí.

Chesney les dirigió una mirada amable, hizo un gesto, y los dos detectives se alejaron. El se volvió, para mirar a Beryl Littman, que estaba despidiendo a los últimos invitados al entierro. El que no estaba era Bill Hocking, el director del Fair Play Club.

Por fin, sólo quedaron allí los empleados de la funeraria, esperando para llevar con el coche a los componentes del duelo, formado por Beryl Littman, Oliver Dawson, y dos sirvientas de la casa de Mayfair.

Entonces se acercó Chesney.

—Ya sabe que lo siento, señorita Littman —murmuró.

—Sí... Gracias por haber venido, inspector.

—No me pareció cortés rechazar su invitación..., aunque me pregunto por qué la hizo.

—Quizá pensé que me gustaría tenerlo cerca.

Abel Chesney parpadeó, y se quedó sobre un solo pie. Estaba empapado, y pensó que hasta debía tener aspecto un poco tonto.

—Señorita Littman, ya comprendo que éste no es momento adecuado, pero... Bien, dígame, por favor, cuándo puedo visitarla para hacerle unas preguntas.

—¿Más preguntas? ¿De qué se trata esta vez?

—Bueno, ya le digo que no es momento, quizá...

—Por favor, Abel... ¿Qué quiere preguntarme?

—Pues... Bien... Sólo quería saber si su tío pertenecía a un club llamado Fair Play.

—No recuerdo ese...

—Sí, señor —intervino Oliver Dawson—. Yo creo que sí.

—¿Lo cree, señor Dawson? —alzó las cejas Chesney.

—Bueno, lord Wilkesham recibía frecuentes llamadas de ese club, Inspector. Aunque —reflexionó— últimamente no le llamaban.

—¿Últimamente? ¿Diría usted que dejaron de llamarle desde que lord Wilkesham dejó de salir de casa?

—Pues... Sí, sí, es posible. Sí, sí, más o menos desde entonces.

—¿Y para qué le llamaban antes de que él dejase de salir de casa? ¿Qué le decían?

—Oh, nada importante. Muchas veces tomaba yo mismo el recado. Le decían que aquella noche tenía reunión, y que si podían contar con él.

—Ah. ¿Y lord Wilkesham acudía a la reunión de tumo?

—Siempre, señor.

Abel asintió, pensativo.

—¿Y quién le llamaba? —preguntó.

—No lo sé.

—¿Hombre o mujer?

—Ah, un hombre, sí.

—¿Siempre el mismo?

—Pues..., yo diría que sí.

—¿Nunca una mujer?

—Que yo sepa, no, señor.

—Veamos, señor Dawson —se lanzó decididamente Chesney—: ¿conoce usted a una chica pelirroja llamada Daisy Vallance?

—No, señor.

—¿La del «Mini» rojo? —Exclamó Beryl—. ¿Es ella?

—Sí. He visto muchas personas durante el entierro, señorita Littman. Amigos de usted y de su tío, claro. ¿Podría decirme si estaban todos sus amigos?

—No sé... Así, de pronto, no puedo recordar... Ayer estuvimos llamando a todos, me parece...

—¿Sabe usted si su tío tenía alguna clase de relación con una dama llamada lady Cavendish?

—Oh... ¡Dios mío! ¡Las olvidé!

—¿Las olvidó?

—Sí, sí... ¡Santo Dios, no van a perdonármelo! Claro que lady Cavendish era amiga de mi tío, desde hace muchísimos años. Ella y sus hermanas..., no recuerdo bien cómo se llaman...

—¿ Agatha y Priscille, quizá?

—'¡Sí! Pero... ¿cómo lo sabe usted? Lady Cavendish se llama Mary Anne, si no recuerdo mal, y sus hermanas. Sí, Agatha y Priscille. ¿Cómo lo sabe?

—Tengo entendido que ellas no salen de su castillo.

—Sí... Oh, hace mucho tiempo que se retiraron allí; al principio, venían con frecuencia a Londres, me parece, pero luego dejaron de venir.

—Pese a todo, tengo la seguridad de que lady Cavendish y sus hermanas deben ser unas personas encantadoras.

—Sí, lo son... O lo eran, al menos, cuando yo las recuerdo. Tengo recuerdos muy gratos de las tres, es cierto.

—Sí... Es cierto. Encantadoras. Todas estas personas son encantadoras. Y sin embargo... Bien, es que me parece todo tan horrible...

—¿A qué se refiere? —respingó Beryl.

—¿Sabe usted si lady Cavendish y sus hermanas pertenecen también al Fair Play Club?

—No, no lo sé.

—¿ Y usted, señor Dawson? ¿Lo sabe?

—No, señor. No tengo la menor noticia al respecto.

—Pero ¿qué tiene que ver el Fair Play Club con la muerte de mi tío? —Preguntó Beryl—. Me comunicaron el resultado de la autopsia, y...

—Señorita Littman, usted tiene gran interés en ver la película que estaba presenciando su tío cuando murió, ¿no es así?

—Oh, sí.

—De acuerdo. La verá. ¿Puede estar en el Yard..., pongamos a las tres de la tarde?

—Puedo ir ahora mismo, si le parece bien.

—No... No, no. Mire, usted seguramente tiene que terminar el duelo, volver a su casa, contestar posiblemente algunas cartas o telegramas de condolencia... En cuanto a mí, había pensado ir directamente desde aquí a Southend-on-Sea, pero he cambiado de planes. En primer lugar, porque no tengo más remedio que cambiarme de ropa si no quiero pillar una pulmonía. Y en segundo lugar, porque pienso que a partir de esa hora, quizá usted pueda ayudarme.

—¿Ayudarle? ¿A qué?

—Se lo diré luego. ¿La espero a las tres?

—Con toda seguridad, Abel.

—Gracias —Chesney vaciló visiblemente—. No sé. Quizá debo advertirla de que la película que va a ver es muy... especial. Me pregunto, incluso, si tengo derecho a mostrársela. Entiéndame: no me refiero a derecho legal, sino a derecho... humano.

—Lo siento, pero no entiendo.

—Estoy tratando de decirle que es muy posible que se sienta usted enferma al ver la película.

—¿Enferma? Oh, vamos... No soy una muchachita impresionable, Abel. Y siento más interés que nunca por ver esa película.

—Pues yo —dijo con voz tensa Oliver Dawson— preferiría no haberla visto. Y ni Scotland Yard conseguirá obligarme a que la vuelva a ver.

—Muy terrible tiene que ser —casi sonrió Beryl—. Varias veces le he insistido a Oliver para que me diga de qué trata, pero no he podido convencerlo.

—Con lo que el señor Dawson me ha demostrado que la tiene en mucho afecto, señorita Littman. Y, señor Dawson, puesto que ha sabido callar hasta ahora, le agradecería que mantuviese a la señorita Littman en la ignorancia sobre el contenido del filme.

—No pienso hacer el menor comentario sobre eso..., jamás.

—Muy agradecido. Adiós..., hasta las tres, señorita Littman.

* * *

—Hola... —sonrió Beryl, tendiendo la mano—, ¿está todo preparado?

—Sí. Pero temo haber sido muy torpe... Podía haber llevado la película a su casa, para proyectarla allí. Con este día de lluvia...

—No importa. Además, me gustará conocer el lugar donde usted trabaja, Abel.

—¿Por qué? —se sorprendió él.

La muchacha lo miró directamente.

—Como policía, supongo que es usted muy listo, puesto que ha llegado ya a inspector —murmuró—. Pero en otras cosas, temo que su visión no sea precisamente admirable.

Chesney parpadeó.

—Por aquí, por favor.
Un par de minutos más tarde, llegaban al cuarto donde iban a proyectar la película. Allí, solamente estaba Korby, esperando, todo preparado para empezar. Chesney señaló una silla a Beryl, y él se quedó de pie, a la derecha de ella y un tanto adelantado, de cara a la muchacha, no a la pequeña pantalla. Miró a Korby y le hizo una seña. Su ayudante apagó la luz, y regresó ante el proyector.
La luz de éste era suficiente para que Chesney viese el rostro de Beryl Littman. Cuando la proyección comenzó, y apareció Lulu Kenwell vestida solamente con las dos prendas íntimas, la muchacha alzó las cejas, sorprendida y decepcionada, y miró a Chesney, cuyo rostro veía perfectamente. Lo vio impasible, y regresó su atención a la pantalla.
Segundos después, la expresión de su rostro comenzó a cambiar. Otros pocos segundos más tarde, el cambio era total. En la penumbra, Abel Chesney veía el rostro demudado de Beryl, que muy pronto estuvo tan pálido que destacaba sobremanera. Respingó un poco cuando aparecieron los murciélagos, pero casi saltó de la silla cuando comenzaron a aparecer los monstruos...
Abel le puso una mano en un hombro.
—¿Quiere que lo dejemos? —sugirió.
—No... —se oyó apenas la voz de ella—. No, no.
Su lividez era ya cadavérica. Sus ojos estaban muy abiertos, reflejando el lógico espanto, y su respiración parecía haber cesado... Cuando la película terminó, Korby se apresuró a encender la luz, y Chesney tomó las menos de la muchacha, que estaban frías como hielo.
—¿Se encuentra bien, señorita Littman?
—Dios mío... ¡Dios mío, es horrible!
—Más de lo que usted se imagina.
—¿Y ésta es la película que tío Harold...? ¿Más de lo que yo me imagino? ¿Qué quiere decir?
—Venga a mi oficina. ¿Le apetece un café?
—Si... Sí, sí.
—Muy bien.
Chesney tiró de sus manos, luego la tomó de un brazo, y ambos salieron del cuarto de proyección. Poco después, Abel ocupaba su sillón tras la mesa, después de haber servido una taza de café a Beryl y haberle encendido un cigarrillo. Esperó a que ella terminase el café.
—¿Se encuentra mejor?
—Ha... ha sido horrible... ¡No comprendo que ese tipo de películas puedan gustar a algunas personas!
—Es de suponer que a su tío le encantaban.
—Pe... pero entonces..., ¡era un sádico..., un... un...! ¿Cómo es posible que...? Un momento: ¿por qué ha dicho que esa película es más horrible de lo que yo imagino? ¿Qué puede haber más horrible que hacer cine con un

«argumento» como ése?

—Yo diría que ni siquiera es cine.

—¡Por supuesto! El Arte del...

—'No lo digo en ese sentido. Considerándolo artísticamente, es cine. Lo que estoy tratando de decirle es que no se trata de un argumento de ficción, sino real.

—No... no le comprendo...

—Esa chica que ha visto en la pantalla se llamaba Lulu Kenwell, y su muerte, esa muerte que a usted le ha parecido lógicamente ficticia, fue real.

—¿Qué... qué...? —palideció Beryl.

—La mataron de verdad.

—¡No! —gritó Beryl.

Abel Chesney tomó la carpeta con el expediente, la abrió, y la colocó delante de la muchacha.

—Hace nueve meses, Lulu Kenwell desapareció, y no hubo manera de localizarla..., hasta ahora. Tengo la convicción de que fue llevada engañada a ese cuarto de los espejos, y allí, asesinada del modo que usted ha visto, mientras se tomaba la película, jamás su cadáver fue debidamente sepultado de modo que, supongo, jamás será hallado. Y después, se hicieron varias copias de la película, que han sido distribuidas cualquiera sabe en qué cantidad y dónde.

—Santo Dios...

—Lo peor de todo esto es que, mucho me temo, Lulu

Kenwell no ha sido la única Muchacha en correr esa... suerte. Tengo la convicción de que hay otras muchas películas del mismo estilo dando vueltas por ahí..., para gente encantadora, como la del Fair Play Club. Entiendo que usted nunca ha estado allá, puesto que ni siquiera conocía su existencia.

—No... No, claro.

—Yo estuve anoche. Es un lugar elegante y acogedor en verdad. Y sus socios son gente encantadora. Pero, temo que no siempre. No lo son, al menos, cuando se dedican a su diversión favorita: presenciar escenas horripilantes. Para ello, disponen de una sala de proyección... Bueno, allá hay un gran televisor, y no vi pantalla alguna, pero eso no es problema. Se retira el televisor, se instala la pantalla, y la gente encantadora del Fair Play Club se dedica a presenciar filmes tan espantosos como éste. Algunos, quizá más... Debe ocurrir como con las demás películas, claro: unas tienen más éxito que otras. De cuando en cuando, tienen un «estreno». Entonces, avisan a los socios por teléfono: «¿Puede asistir esta noche a una reunión?», preguntan. Eso quiere decir que hay película nueva. Y los socios van a verla. Eso aparte de que, claro, todas las noches que lo deseen pueden proyectar las anteriores, y pasar una velada... muy entretenida.

—Lo que usted está diciendo..., es horrible. ¡Y no es posible!

—Me parece que sí. A veces, alguno de los socios no puede salir de su domicilio. No importa. El club tiene un servicio de reparto: le envían al socio

en cuestión la última película, o, si no hay novedades, le envían una cualquiera, o dos, para que se vaya distrayendo: su tío recibía semanalmente, las noches que el señor Dawson salía, una o varias películas. En esta ocasión, parece que sólo fue una. Y me inclino a creer que esta película aún no la había visto lord Wilkesham, puesto que le ocasionó la muerte. Era ya mayor, estaba enfermo... Sin duda alguna, presenciar esa clase de películas provoca mucha emoción en el espectador..., y su tío no pudo soportarla esta vez: sobrevino el colapso y ahí terminó todo.

—¿Quiere decir que la película lo mató?

—Así lo considero, en efecto. Debemos pensar que su tío, y los demás socios del Fair Play Club, son personas que han tenido demasiadas cosas en la vida, están hartos de todo, ya no encuentran nada que les apasione... Se aburren, sienten hastío por todo. Entonces, surgen estas peliculitas. Es algo nuevo... ¿Quiere divertirse? Muy bien: hágase socio del Fair Play Club y lo pasará... estupendamente, presenciando cine que puede merecer cualquier calificativo..., menos el de aburrido. Por mala que sea una de esas películas, no cabe duda que durante unos minutos mantiene despierto el interés de una persona. Lo demás, ya no interesa, pero esto es nuevo, es... diferente. ¡Qué diversión más nueva y original presenciar asesinatos!

—No... no puedo creer que tío Harold...

—Lo siento, señorita Littman, pero hemos de aceptar la realidad. Su tío era un socio más del Fair Play Club. Y como no podía salir de su apartamento, le enviaban las películas cada semana. La encargada del reparto es una muchacha pelirroja llamada Daisy Vallance...

—La del «Mini» rojo.

—Sí, desde luego. Daisy Vallance esperaba a que el señor Dawson saliese, y entonces, muy discretamente, le subía el material a lord Wilkesham. Luego, antes de las ocho de la mañana, hora de regreso del señor Dawson, volvía con su coche, y se colocaba bajo la ventana de su tío. Este, que debía estar esperándola, le tiraba la caja con la película por la ventana, y Daisy Vallance la regresaba a la... cinemateca del club. Sin embargo, ayer, la pelirroja tuvo un fallo: llegó tarde, no sé por qué. Pero, como aún no eran las ocho, y el señor Dawson aún no debía haber vuelto, salió del coche al ver la figura de un hombre tras los visillos de la ventana. Lógicamente, tuvo que pensar que era lord Wilkesham, apoyado en su bastón, y no poco irritado e impaciente, esperándola. Así que salió del coche, se puso en el centro de la calle, y esperó..., tres o cuatro segundos. Al no abrirse la ventana y tirar lord Wilkesham la película quizá pensó que era Oliver Dawson, que había regresado, y se marchó a toda prisa, pensando sin duda que lord

Wilkesham sabría guardar la película hasta la próxima semana. Luego, la pelirroja se fue al campo... Regresó alrededor de las seis, fue a su apartamento, se cambió de ropa, y partió luego hacia el Fair Play Club. De allí, salió inmediatamente, acompañada de un hombre, y llevando un portafolios. Se metieron en el «Mini», y partieron. ¿Adivina usted lo que

Daisy Vallance llevaba en el portafolios?

—¿Una...? ¿Otra película?

—Evidentemente. Un nuevo reparto..., destinado a otra persona o personas que no pueden o no quieren salir de sus domicilios. Dos de mis hombres siguieron al «Mini». ¿Sabe dónde se detuvo, por fin?

—En el castillo de lady Cavendish —musitó Beryl.

—Es usted una mujer inteligente, señorita Littman.

—No hay para tanto. Usted me preguntó antes si sabía si lady Cavendish y sus hermanas pertenecían al Fair Play Club, así que es lógico que haya pensado en ellas, que apenas salen del castillo. ¿Verdaderamente piensa que ellas... también ven esta... clase de películas?

—Puedo equivocarme, pero de momento estoy convencido de ello.

—¿Y qué... qué piensa hacer?

—Lo cierto es que conozco a varias personas, aparte de lady Cavendish y sus hermanas, que tienen tan... peculiar manera de divertirse, pero esas personas no me preocupan demasiado. Más bien siento lástima de ellas, pues demuestran estar no poco desquiciadas, aburridas, y, mucho me temo, unos instintos perversos reprimidos. Son dignas de compasión..., y de repulsión a la vez, desde luego. Son, como usted bien ha dicho antes, personas sádicas..., aunque a veces resulten encantadoras. Legalmente, no tengo ni idea de la acción que puede emprenderse contra ellas, y se estudiará en su debido momento. Ahora, lo que a mí me interesa, es saber quién proporciona esas películas al Fair Play Club. Supongamos que desde que este club fue puesto en marcha, sus socios han presenciado dos o trescientas películas diferentes... ¿Se da cuenta de lo que esto significaría?

—No puede ser —gimió Beryl—, ¡No puede ser!

—Yo creo que sí. Significaría que alguien está cometiendo asesinatos de un modo muy... cinematográfico sólo para conseguir películas destinadas a un público muy especial. Ese público no tiene por qué ser sólo inglés, ¿se da cuenta? Puede ser distribuido en todo el mundo..., y por el momento quizá hayan presenciado cien, doscientas, trescientas películas... Es decir, otros tantos asesinatos escalofriantes, elaborados, brutales, terroríficos... ¿Lo comprende bien, señorita Littman?

La muchacha asintió con la cabeza, porque, finalmente, se había quedado sin voz. Chesney le sirvió más café, y le puso la taza en las manos, pero tuvo que ayudarla a sujetarla hasta que terminó el café.

—Yo comprendería muy bien que después de esto, usted no pensase en otra cosa que volver a su casa, encerrarse, y hacer lo posible por olvidarlo todo —siguió Chesney—, pero por mi parte no puedo hacer semejante cosa. Opino que hay una cadena de docenas de crímenes de pobres muchachas que sólo querían divertirse..., y es posible que el «negocio» esté todavía en marcha. Así que tengo que hacer lo posible por detener esa marcha. Usted podría ayudarme.

—¿Yo? —Respingó Beryl—. ¿Cómo?

—Mire, es posible que algunas personas, quizá su tío entre ellas, no sepa que esas películas son crímenes auténticos, y que crean que sólo son actuaciones de buenas actrices o actores...

—'¿Y no podría ser así?

—No. La protagonista de la película que usted ha visto, Lulu Kenwell, era sólo una golfita sin talento alguno, según la describe su mejor amiga; y además, a Lulu jamás se le había ocurrido tan siquiera la idea de hacer cine. Y luego, vemos una película en la que se revela como una excelente actriz... ¿Le parece posible?

—No sé...

—Yo más bien creo que su actuación es tan perfecta porque no es actuación, sino realidad. ¿No lo entiende? Desapareció hace nueve meses, y jamás se ha sabido nada más de ella. Ahora bien, como le decía, quizá algunas personas sean puros aficionados al cine de terror, y ni se les haya ocurrido que están presenciando auténticos asesinatos. Podría ser. Y podría ser que lady Cavendish y sus hermanas sean de estas personas. Bajo esta suposición, yo quisiera que usted y yo fuésemos a visitarlas, y que usted me presentase como un amigo de su tío. Del resto me encargaré yo. ¿Quiere hacerlo, señorita Littman?

—¿Qué espera conseguir con esto?

—Según lo que me digan esas tres damas, podremos empezar a trabajar partiendo del Fair Play Club. En realidad, podría ir ahora mismo al club en cuestión, pero quiero tener la certeza absoluta de todo lo que le he dicho. Si esas damas admiten que reciben películas del club, la gran labor empezará inmediatamente. Primero, el Fair Play Club. Y de ahí..., ¿quién sabe dónde podemos llegar? Piénselo bien: cien, doscientos, trescientos asesinatos cometidos... ¿Y cuántos por cometer todavía, para filmar esas películas?

—Le ayudaré —dijo con firmeza Beryl.

—Muchas gracias —Chesney miró su reloj—. Bien, sólo son las tres y media, de modo que tenemos tiempo de preparar algunos pequeños detalles, ya que no quisiera comprometerla. Veamos, en primer lugar...

# CAPITULO VI

Llegaron al castillo de lady Cavendish, en el coche de Beryl, hacia las seis y media, cuando la oscuridad era casi completa debido a los negros nubarrones que ocultaban el cielo. Pero no tan completa que pudiese impedirles ver la fila de coches estacionados a la entrada del castillo, había por lo menos una docena. Coches grandes, serios, caros.

—Parece que lady Cavendish tiene visitas —dijo Beryl.

—Sí. Bueno, si ella y sus hermanas no salen, es lógico que de cuando en cuando reciban a sus amigos...

Abel hablaba un tanto distraído, mientras contemplaba el castillo. Holm y Strace tenían razón: era tétrico. Tenía la clásica silueta de los castillos llenos de vampiros y brujas, y sólo faltó el resplandor de un lejano relámpago para dar más realismo a este pensamiento. El trueno llegó en seguida, amortiguado, mientras Beryl estacionaba el coche junto a los otros, diciendo:

—Seguramente encontraremos dentro a algunas de las personas que esta mañana han asistido al entierro. Nuestros amigos son comunes, así que no sería extraño. Y entonces, todo lo que hemos planeado para presentarlo como...

—Vuelva atrás... —respingó Chesney—. Por la misma carretera, hasta el pueblo.

—¿No vamos a entrar? —se decepcionó Beryl.

—Regrese hacia el pueblo.

Beryl Littman lo miró atentamente, pero no hizo más preguntas. Emprendió el regreso en dirección a Southend-on-Sea.

Diez minutos más tarde, el coche de Beryl Littman estaba de nuevo ante el castillo. Lo estacionó donde había pretendido hacerlo antes, y miró casi asustada a Chesney.

—Entonces, ¿entramos?

—No está obligada, ya se lo he dicho. Si tiene miedo, déjeme aquí y regrese a Londres. Ya me las arreglaré.

La muchacha paró el motor, y apagó las luces, y salió del coche. Chesney hizo lo propio, y se encaminaron hacia la gran puerta, mirando hacia arriba, pero no había en el castillo más que una ventana iluminada, en la parte baja. Otro relámpago brilló a lo lejos, iluminando por un instante todo el castillo y los alrededores, hasta muy lejos; y las nubes, que parecían de color morado un Instante... No tardaría en llover, y seguramente de un modo torrencial.

Beryl pulsó el timbre, y poco después un hombre alto, enjuto, de rostro blanquísimo e inescrutable les abría la puerta.

—Buenas noches... —saludó Beryl—. Soy Beryl Littman, y vengo de Londres a visitar a lady Cavendish.

El mayordomo ya se había apartado, cediéndoles la entrada. Cerró la puerta, asintiendo con la cabeza.

—La anunciaré a lady Cavendish, señorita —dijo amablemente.

Los dejó solos en el enorme vestíbulo. Allí dentro, las cosas cambiaban: no era sórdido, ni tétrico, ni había telarañas o cosas por el estilo. Naturalmente, el castillo disponía de luz eléctrica, estaba provisto de calefacción, y su decoración y mobiliario en general resultaban agradables, aprovechando los grandes espacios.

El mayordomo regresó, y los condujo hacia la parte del castillo donde Chesney calculó que había visto luz en una ventana. Entraron en un salón no demasiado grande, donde la calefacción se notaba en seguida. Chesney vio la gran chimenea donde ardían gruesos troncos que proporcionaban aquel exceso de calor. Había sillones, mesitas, un par de sofás, gruesas alfombras, cuadros..., la ventana, de cristales emplomados, se veía al fondo, como un gran recuadro negro.

Y cerca del fuego, tres mujeres de muy avanzada edad, que naturalmente sólo podían ser lady Cavendish y sus dos hermanas Priscilla y Agatha. Estaban ocupando sendos sillones, pero una de ellas se puso en pie al verlos, y tendió los brazos sonriendo:

—¡Querida niña, cómo has crecido...!

Beryl fue hacia la anciana, mientras Chesney hacía lo posible por reprimir la sonrisa. Eran, sin la menor duda, tres ancianas de aspecto encantador, frágil y anacrónico. Sus manos eran blanquísimas, sus rostros mofletudos y sonrosados, sus ojos ingenuos y alegres... Beryl besó a las tres, mientras recibía los reproches de la más anciana, sin duda lady Cavendish, por no haberla avisado del fallecimiento y sepelio del querido Harold.

—¡He tenido que enterarme por otras personas, querida mía! Precisamente, hoy han venido a visitarme muchos de nuestros amigos, y naturalmente me han dicho lo del pobre Harold... ¡Qué cosa tan necia es la vida! Llevábamos tanto tiempo sin vemos, y la próxima noticia que tengo de él es que ha fallecido... Querida, ya sabes cuánto lo hemos sentido, y si nos hubieses avisado...

—Sí, sí, lo sé, lady Cav...

—Oh, qué barbaridad... Llámame Mary Anne. ¿Es que ya no recuerdas que lo hacías así? ¡Estoy segura de que eres tan desagradecida que ni siquiera recuerdas las buenas temporadas que pasaste conmigo aquí!

—Sí... —sonrió Beryl—. Sí las recuerdo, Mary Anne.

—Menos mal... Dime: ¿quién es ese joven tan guapo? ¿Acaso tu prometido?

—No, no —se turbó Beryl—. Es un amigo de tío Harold. Estaba conmigo cuando recordé que no les había comunicado a ustedes su muerte, y cuando me decidía a venir, él se empeñó en acompañarme. Abel Chesney —presentó —. Ellas son lady Cavendish y sus hermanas, las señoritas Agatha y Priscille Stanton,

—¡Qué joven tan amable! —dijo con aguda vocecilla Agatha.

—¡Y muy guapo! —insistió lady Cavendish.

—Oh, sí —rió agudamente Priscille—. ¡Sí que lo es, querida! ¿De verdad no es tu prometido, niña?

Chesney besaba las manos a las tres damas, sonriendo, y mirando de reojo a Beryl, que sin duda no había esperado tener que afrontar aquella situación. Decidió sacarla del apuro.

—Me temo que soy demasiado viejo para Beryl —explicó.

—¡Tonterías! —Exclamó Mary Anne—. ¿Cuántos años tiene usted?

—Treinta y cinco.

—Y Beryl tiene... ¡No me lo digas, no me lo digas...! Vamos a ver, estuviste aquí cuando tenías... Sí, la última vez tenías nueve años, y eso fue después de... Sí, debes tener ahora... ¡Vaya, eres toda una mujer! Veinticuatro, ¿verdad? Es decir, once menos que este guapo caballero... ¡Hijita, la diferencia adecuada! Pero, por favor, siéntese... Oh, naturalmente cenarán aquí, con todos nosotros...

—¿Todos? —Alzó las cejas Chesney—. No vemos a nadie aparte de ustedes. Afuera sí hemos visto varios coches, pero...

—Están recorriendo el castillo. Caprichos. A veces creo —soltó una risita — que cada vez que vienen tienen la esperanza de encontrar algún fantasma.

—¿Y no hay?

Las tres hermanas miraron con los ojos muy abiertos a Chesney, y luego se echaron a reír.

—¡Es verdaderamente encantador! —Exclamó Priscille—. ¡Si yo tuviese tu edad, querida niña...! Oh, me parece que... que no estamos comportándonos debidamente —se mordió los labios—. A fin de cuentas, la pobrecita niña ha venido a comunicarnos que Harold...

—Estoy segura de que él no se opondría a que los vivos sigan viviendo —dijo seriamente lady Cavendish—. De todos modos, en efecto, deberíamos comportarnos un poco. ¡Pobre Harold! Tengo entendido que últimamente no estaba muy bien, ¿verdad?

—Padecía gota —murmuró Chesney—. Y su humor no era muy bueno. Le visitaba con frecuencia.

—¿Usted? ¿Sí? ¿De veras? Supongo que ésa era una gran consideración por su parte, señor Chesney.

—En cierto modo. Me había enterado de que lord Wilkesham pertenecía a un club, y estaba convenciéndole para que firmase como proponente de mi ingreso. El Fair Play Club. ¿Lo conocen?

—Sí —murmuró lady Cavendish—, Sí, sí, claro. Nosotras también pertenecemos a él, aunque hace mucho tiempo que no vamos por allí.

—Eso tenía entendido. Lord Wilkesham me habló de ustedes en alguna ocasión, y... Bueno, la verdad, al morir él no conozco a nadie más que pueda introducirme y pensé... Bien, cuando la señorita Littman dijo que pensaba venir aquí...

—¿Quiere usted que nosotras seamos sus proponentes?

—Pues..., lo había pensado, sí. Supongo que les parece no poca

desfachatez por mi parte, pero...

—No, no, no... Es sólo que nos preguntamos si realmente usted es persona adecuada para ese club, señor Chesney. ¿Harold le habló del club, de todo?

Abel Chesney miró con intención a lady Cavendish.

—Así es. Me habló de todo.

La anciana parpadeó, desviando la mirada hacia Beryl.

—¿Lo sabe ella? —susurró.

—No, no.

—Ah, bueno, luego hablaremos sobre ese asunto, señor Chesney. ¿Se quedarán a cenar? Oh, y pueden pasar la noche aquí, hay sitió de sobra...

—Por supuesto que no —protestó Beryl.

—¿Por qué no? Supongo que habrás avisado en casa que venías aquí, así que nadie se preocupará de tu ausencia... Además, podrás telefonear luego...

—Telefonearemos los dos, lady Cavendish —dijo Chesney—, si usted no tiene inconveniente. La verdad es que no hemos dicho a nadie que veníamos aquí. Lo decidimos de pronto, salimos de Londres, y aquí estamos. Es claro que tendremos que avisar por teléfono, pero por mi parte, francamente, temo molestar.

—¡De ninguna manera! Pero, hijito, si en este castillo cabe más gente que en el palacio de Buckingham... En cuanto a la cena, sólo tengo que avisar en la cocina para que preparen dos cubiertos más. Y a Stewart... ¿Dónde se ha metido ese mayordomo tonto?

Priscille soltó una risita, mirando de reojo hacia la puerta.

—El sí que parece un fantasma —dijo—. ¡Siempre aparece en silencio, no se le oye...!

—Qué tonterías dices —protestó Agatha—. Yo lo encuentro muy correcto y servicial. Casi diría que es el mejor que hemos tenido.

—Pues ya que tanto te gusta, vas a decirle que prepare dos habitaciones más, y que avise a la cocina —dijo maliciosamente lady Cavendish a su hermana—. ¿Quiere tomar algo mientras esperamos la cena, señor Chesney? ¿O prefiere darse una vuelta por el castillo, como los demás? El aperitivo es bueno, pero supongo que dar un paseo por un castillo con fantasmas no debe ser cosa de todos los días para usted.

—Pues no —admitió Chesney—. El único inconveniente es que si me encuentro con el fantasma no podré conversar con él, pues no hemos sido presentados.

Las tres hermanas se echaron a reír de buena gana.

—¡Qué simpático es usted! —Exclamó lady Cavendish—, Bueno, el nombre del fantasma es Bartholomew: Dígale que va de mi parte, y espero que eso le inducirá a ser amable con usted. Deberías acompañarlo, querida —miró a Beryl—, ¿Recuerdas el castillo?

—Como si nunca hubiese salido de él —sonrió Beryl.

—Entonces vamos a hacer una cosa: daos un paseo, y nosotras nos encargaremos de vigilar la cena y que los dormitorios estén preparados.

Luego tenemos que charlar mucho, señor Chesney... ¿Cuál es su tema favorito de conversación? Lo digo para sentarlo al lado de la persona adecuada durante la cena.

—Me gusta conversar de todo..., pero de lo que más creo entender es de criminología.

—Ah... Ese es un tema que me gustaría tocar... Me parece que no va a tener más remedio que aceptar un asiento a mi lado.

—Será un placer, lady Cavendish.

—Qué joven tan gentil... —dijo Agatha—. ¿Me pondrás cerca de él, Mary Anne?

—¡Y a mí! —exclamó Priscille.

—Ya veremos —dijo con fingida severidad lady Cavendish—. Será mejor que vayamos las tres a ver la mesa, y así lo arreglaremos todo a nuestro gusto. No dejes de enseñarle la bodega al señor Chesney, querida.

Salieron las tres, riendo agudamente, como tres extrañas muchachitas de setenta años. Resultaba grotesco, y, en cierto modo, casi divertido.

—Bien —dijo Chesney—, creo que debería usted mostrarme el castillo, señorita Littman..., empezando precisamente por la bodega. ¿Qué hay allí de interesante?

—Nada, a menos que usted sea aficionado a los mejores vinos.

—Precisamente, lo soy. Además —bajó la voz—, lo de visitar el castillo es sólo un pretexto. Yo diría que pretendo registrarlo: tengo curiosidad por saber dónde están todas las personas que han venido en diez o doce coches. ¿Le parece que empecemos por la bodega? Estoy seguro de que allá encontraremos a algunos de los restantes invitados...

* * *

No fue así. No encontraron absolutamente a nadie, ni en la bodega ni en el camino recorrido hasta llegar allí. La bodega estaba por debajo del nivel del castillo, y había muchas menos estanterías de las que Abel Chesney había creído. Desde luego, parecía tan bien cuidada como el resto del castillo, y disponía, por supuesto, de luz eléctrica.

—Me pregunto dónde están todas esas personas —murmuró Chesney.

—Deben estar por arriba..

—Evidentemente. Pero... ¿dónde? No hemos oído ni una voz, ni un solo paso... Nada. No es normal. Si hay doce coches ahí fuera, aquí tiene que haber no menos de veinte personas, calculo. Y no hemos oído ni visto a nadie. ¿Estos son todos los vinos?

—Hace años había más.

—Pues sus tres amigas deben ser aficionadas a beber, según parece. Desde luego, son de mi gusto... ¿Qué le pasa?

—No sé... Me gustaría salir de aquí, eso es todo.

Chesney alzó las cejas. Luego, miró alrededor. Estanterías con botellas,

eso era todo. Y paredes.

—Verdaderamente, no resulta agradable. Salgamos.

La tomó del brazo, y se dirigieron hacia el tramo de anchos peldaños de piedra. Estaban poniendo el pie en el primero cuando Chesney vio la rendija en la pared. Estaba a la izquierda del tramo de peldaños, al nivel del piso de la bodega, de modo que había quedado a espaldas de ellos cuando bajaron. Ahora, desde allí, podía verlo perfectamente.

—Espere —susurró.

Caminó hacia allí, dejando el tramo a su derecha, cada vez más por encima de su cabeza. Cuando llegó a la pared, vio que una sección estaba hundida, formando una puerta. Volvió la cabeza, y casi respingó al ver a Beryl junto a él.

—No... no sabía esto... —tartamudeó ella.

—Será mejor que salgamos de este castillo inmediatamente —dijo él—. No quisiera que a usted le...

—No entiendo qué puede haber ahí. Debe ser una sección especial de la bodega. Vamos a mirar dentro.

—No —se negó Chesney—. Mire, señorita Littman, usted ya está bastante asustada, aunque pretenda negarlo. Lo mejor...

—¡No estoy asustada! —rechazó ella—. Y quiero ver qué hay ahí que yo nunca he visto.

—Está bien. Echaremos un vistazo y nos iremos. Saldremos de aquí inmediatamente, ¿está claro? Espere, utilizaré mi encendedor.

Empujó la puerta de piedra, que cedió silenciosamente. La llamita del encendedor precedió a Abel Chesney iluminando simplemente paredes de piedra, de grandes bloques, iguales a los de la bodega. Beryl entró tras él, tomándose de su brazo, y diciendo:

—No. Y con tan poca luz no me parece prudente seguir...

Chale, oyeron tras ellos. Los dos se volvieron vivamente, al tiempo que el pasadizo se iluminaba. Así había sucedido: se había cerrado la puerta de piedra y se había encendido la luz eléctrica allí dentro. Súbitamente pálido, Chesney guardó el encendedor y pasó ambas manos por las piedras que formaban la puerta. Miró de reojo a Beryl, y la vio también pálida y tensa.

—¿Qué... qué ha pasado...?

Chesney no contestó. Seguía pasando las manos por las piedras, pero sabía que era inútil. Ante él, ahora, sólo había paredes. Solidísima pared de grandes bloques de piedra. Se volvió, y miró hacia el fondo del largo pasillo. Le dio la impresión de un extraño y escalofriante ataúd gigante hecho de piedra..., hasta que se dio cuenta de que habían algunas puertas a los lados.

—Venga —tomó una mano a la muchacha—. Vamos a ver si encontramos una salida por otro sitio.

Comenzaron a caminar hacia el fondo del pasillo. Al llegar a la primera puerta de su derecha, Chesney la empujó, pero no consiguió abrirla. La primera de la izquierda, un poco más adelante, sí pudo abrirla. Primero quedó

atónito, pero el gemido de sobresalto de Beryl le hizo reaccionar: estaba contemplando el más clásico cuarto de torturas que pudiese haber existido en la Edad Media, con látigos, rueda para descoyuntar los huesos, cepos para los pies, hachas, anillas de hierro en las paredes...

Empujó con su espalda a Beryl, regresando ambos al pasillo. Beryl quería decir algo, pero sólo conseguía tartamudear. El hombre del Yard la abrazó por los hombros, y siguieron pasillo adelante, un pasillo que no tenía salida. Sólo puertas. Entonces, era fácil llegar a una conclusión: a menos que alguno de aquellos cuartos tuviese una salida directa hacia arriba, tendría que volver a la «puerta» e intentar abrirla por todos los medios.

Abrió otra puerta, no sin aprensión, pero allí, en aquel cuarto, no había nada..., hasta que oyó el crujido encima de ellos. Alzó la cabeza, y vio la gran plataforma llena de puntas de lanza de color rojo que descendía hacia ellos. Salió empujando tan precipitadamente a Beryl que casi la derribó en el pasillo. Demudado, abrió otra puerta, y lanzó una exclamación al ver un quirófano en donde todo era de color verde, tan siniestro que le hizo estremecerse de pies a cabeza. En otro cuarto había ratas. En otro, pequeños reptiles. En otro, una guillotina... El siguiente que abrió fue definitivamente revelador: era un cuarto cuyas paredes estaban completamente cubiertas de espejos: y apenas abrir la puerta, una trampilla se abrió en el techo, y entraron unos cuantos murciélagos...

Una vez más, Abel Chesney saltó hacia el pasillo, cerrando la puerta. El cuarto de los espejos... Allí era donde habían matado a Lulu Kenwell... Aquél había sido el escenario que reflejaba la peliculita que había provocado un colapso a lord Wilkesham...

Beryl Littman se abrazaba frenéticamente a él, y Abel notaba todo su cuerpo empapado en sudor. Miró a la muchacha, y vio que ella también sudaba. Le brillaba la frente, la barbilla... Estaba muda de miedo, porque seguramente, como él, había comprendido lo que significaba aquello: estaban encerrados en los... escenarios de la «productora» de películas terroríficas. Una idea le asaltó de pronto: les estaban filmando. Sí, debían estar filmando los movimientos de ellos, de algún modo. Sería interesante la película: un inspector de Scotland Yard sometido al espanto...

La luz se apagó de pronto, y Beryl lanzó un chillido, apretándose con más fuerza contra él. Volvió a gritar, y lo hizo de nuevo, y otra vez... La tomó por los brazos, y la sacudió fuertemente.

—¡Cálmese, señorita Littman! ¡Por favor, cálm...!

La luz se encendió de nuevo.

Pero habría sido mejor permanecer a oscuras. Allí, en el pasillo, estaban los monstruos... Los mismos cuatro monstruos que aparecían en la película de Lulu Kenwell: el de color verde con cabeza de pez y el cuerpo cubierto de escamas; el gorila, el pulpo-araña; el monstruo de color rojo con cuatro ojos... Dos hacia cada extremo del pasillo. Beryl estaba chillando, con el rostro desencajado por el terror, los ojos fuera de las órbitas. El gorila dio un salto

hacia ellos, alzando los brazos, rugiendo... Por detrás, el pulpo-araña comenzó a desplazarse rápidamente, acercándose. El monstruo pez lo hacía con sus dos pequeños pedúnculos, más despacio, agitando su cabeza. El monstruo de los cuatro ojos, cuatro brazos y cuatro piernas también se acercaba. Chesney lamentó como nunca no llevar encima una pistola, y tuvo que limitarse a decir, con voz ronca:

—¡Ya basta! ¡Déjense de tonterías!

El gorila dio otro salto, se plantó ante ellos, y comenzó a golpearse el poderoso pecho, mientras Beryl escondía el rostro entre las manos sin dejar de gritar... Abel Chesney se desprendió de ella, adelantó un paso, y lanzó el más escalofriante puñetazo de su vida, hacia la barbilla del gigantesco gorila, que cayó de espaldas, rebotó, rodó, y comenzó a ponerse en pie, mientras el monstruo de los cuatro ojos corría hacia ellos. Chesney lo recibió con un trallazo tal que los cuatro ojos saltaron por el aire, brillando intensamente, y el monstruo rojo se desplomó de espaldas, y quedó inmóvil.

—¡Basta! —Volvió a aullar Chesney—. ¡Terminen con esto, van a matar a Beryl de miedo...!

El pulpo-araña estaba detrás de él, disponiéndose a atacar, pero un puntapié de Chesney le alcanzó en la cabeza, derribándole también en tal postura que algunas de sus patas se doblaron de modo inverosímil. El gorila volvía a la carga, rugiendo...

Una puerta se abrió, y Bill Hocking apareció en el pasillo, precisamente en el punto más cercano a la invisible puerta. Sonriendo sádicamente, ordenó:

—Ya basta, muchachos. La diversión seguirá por otros derroteros.

El gorila se quitó la cabeza, dejando al descubierto la de un hombre normal, sudoroso, que se apresuraba a arrodillarse junto al monstruo de los cuatro ojos; cuatro ojos que yacían en el suelo. Cuando el falso gorila le quitó la capucha de goma roja quedó al descubierto una cabeza normal de hombre también... Y lo mismo estaban haciendo el hombre-pez y el pulpo-araña, despojándose de sus horripilantes disfraces... Chesney les contemplaba, jadeantes, sudorosos. Miró por fin a Beryl, que tenía el rostro blanco como leche, y los ojos desorbitados...

—Vengan para aquí, por favor —dijo Hocking.

Chesney le miró torvamente, pero justo en aquel momento aparecían dos hombres más, cada uno de ellos con una pistola en la mano, apuntando hacia él y Beryl.

—Vamos, vamos, acérquense... —insistió Hocking.

Beryl dejó de mirar a los monstruos que se estaban quitando sus disfraces, y miró a Chesney, que le dio unas palmaditas en las mejillas.

—Tranquilícese —susurró—. No existen los monstruos, ni los fantasmas, Beryl. Vamos a conversar con el señor Hocking. Es el director del Fair Play Club, ¿comprende?

La llevó hacia allí sujeta por los hombros, pasando con indiferencia junto al que le había propinado.

A una seña de Hocking entraron en aquel cuarto, que era el primero de la derecha, el único cuya puerta no había podido abrir Abel. Era fácil de comprender. En aquel cuarto, más grande que los demás, estaban todos los invitados de lady Cavendish, sentados en filas, de cara a un televisor en cuya pantalla se veía el pasillo, y los «monstruos», que estaban ayudando a ponerse en pie al de los cuatro ojos. Había doce o trece televisores más, pero sus pan tallas estaban apagadas... Aunque Chesney comprendió que debían recoger las imágenes de todos aquellos cuartos. Es decir, que bastaba sentarse allí, e ir conectando los diferentes televisores para ir viendo todo lo que sucedía en los cuartos... Notó el fortísimo estremecimiento de Beryl, y supo por qué, al ver la expresión en los ojos de los invitados de lady Cavendish: parecían alucinados, fuera de sí, demoníacas sus expresiones en unos, de placer intenso en otros... Igual que lord Wilkesham. Los miraban como si ellos fuesen... un apetitoso manjar que esperaban devorar de un momento a otro. Sus expresiones variaban, desde la más bestial y demoníaca a la que reflejaba el más grande éxtasis...

* * *

—Cuando Daisy Vallance me llamó para decirme que no había podido recoger la película en casa de lord Wilkesham —explicó inopinadamente Hocking—, pensé que algo había sucedido, así que me di una vuelta por allá, y supe lo que había ocurrido. Es decir, que lord Wilkesham había fallecido. Y si la estúpida pelirroja no había recogido la película, quería decir que estaba en otras manos. Para entonces, Daisy, que llegó tarde a recoger la película porque se había... dormido en brazos de su amiguito, había vuelto con éste, y ambos se fueron al campo. Simulé no enfadarme con ella, dije que no tenía importancia, y, cuando a la noche fue al club para recoger material para entregar según costumbre, la envié aquí..., con el cretino de su amigo... Lo que no sabía yo entonces era que ustedes iban tras ella, inspector Chesney.

—Le perdimos la pista cuando se marchó mientras mis hombres estaban dormidos ahí fuera —musitó Chesney.

—No, no... No fueron Daisy y su novio quienes salieron de aquí, sino dos de mis hombres, que se llevaron el coche lejos. Daisy y su novio siguen en el castillo..., al cual no debieron ustedes venir nunca, inspector. ¿Se cree muy listo? Pues sepa que si encontró la puerta de este lugar es porque así fue preparado. Queríamos atraparlo, y... ya ve: lo hemos conseguido.

—Mis hombres llegarán de un momento a otro.

—Tonterías —sonrió Hocking—. Sabemos que nadie sabe que están aquí..., ¿no es cierto, Mary Anne?

Chesney y Beryl se volvieron hacia la puerta, y vieron a las tres ancianas damas, mirándolos con ojos relucientes, de víboras hambrientas...

—¿Qué estamos esperando? —jadeó lady Cavendish.

—Sí, sí —dijo su hermana Priscille, casi babeando—. ¿Qué estamos

esperando?

Su impaciencia pareció una consigna, que impulsase a los demás. Se pusieron en pie, y comenzaron a gritar, gesticulando furiosamente, enrojeciendo sus rostros, saltones sus ojos, crispadas las bocas... Inevitablemente, Beryl Littman tuvo que refugiarse de nuevo en Chesney, cuyas esperanzas de salir de allí con vida iban siendo cada vez menores.

Aquellas personas..., aquellas mismas personas que la noche anterior había conocido en el Fair Play Club, tan amables y risueñas, tan correctas, tan bondadosas, pulcras, le parecían ahora fieras hambrientas dispuestas a concederse un gran festín... Era espantoso. Las manos se tendían hacia ellos, y Beryl comenzó a gritar de nuevo. Chesney golpeaba aquellas manos que ahora le parecían garras, estremecido ante aquellos ojos fulgurantes... ¿Era posible aquello? ¿Era posible que aquellas personas ya hubiesen perdido todas las ilusiones, todos los hermosos placeres de la vida, y sólo les quedase aquel de ver la Muerte, de gozar viendo cómo una persona era aniquilada, aplastada, destrozada?

—¡Matémosles ya! —chilló agudamente lady Cavendish.

El movimiento hacia ellos se inició, aterrador, pero Bill Hocking se interpuso rápidamente, con gesto autoritario.

—¡Por favor! —pidió—. ¡Damas y caballeros, ustedes son clientes míos, me pagan para que el club les proporcione placer...! ¡No deben molestarse, yo les daré todo el placer que quieran! Por favor, vuelvan a sus asientos..., y esperen. Les prometo que no se arrepentirán. Primero han disfrutado del miedo de estas dos personas, que guardaremos para otra reunión de gala, para otra sesión en directo... ¡Ahora vean la sesión de hoy!

Fue hacia las cortinas que había frente a la entrada, y las separó... Un rugido brotó de aquellas gargantas al ver el escenario, ya preparado todo. Había cuatro personas. Una de ellas era la pelirroja Daisy Vallance; la otra su amigo, el hombre alto y atractivo que había salido con ella del club la tarde anterior... Estaban atados uno al otro, espalda con espalda, de modo que no podían verse. Junto a ellos, dos hombres con el torso desnudo y la cabeza cubierta con una capucha blanca. Cada uno de estos hombres tenía en sus manos un hacha de hoja descomunal y mango grueso, largo, fortísimo...

Abel Chesney inició un paso hacia el «escenario», pero los «monstruos», ya recuperados, saltaron sobre él, y lo inmovilizaron, sin que sus esfuerzos sirviesen de nada. Beryl parecía a punto de desmayarse.

—¿Qué hacemos con este par de estúpidos? —Pidió sugerencias Hocking —. Por culpa de ellos todo podía haberse perdido para nosotros... ¿Qué hacemos con ellos? ¿Los decapitamos o los descuartizamos?

Las voces de los socios del Fair Play Club se elevaron, como un rugido. Unos querían que los decapitasen inmediatamente a los dos, otros, que decapitasen al hombre y descuartizasen a la muchacha...

—¡Hocking! —Aulló Chesney—. ¡Se lo advierto, antes de entrar en el castillo llamé por teléfono a Scotland Yard, porque no me gustó ver tantos

coches, pensé que algo así iba a suceder...! ¡Se lo advierto, no cometa más crímenes!

—Todo mentiras, inspector Chesney —dijo amablemente Bill Hocking—, Nadie va a venir. Además, ¿qué importan unos muertos más o menos? Hoy estos dos, mañana usted y la muchacha... Llevo mucho tiempo haciendo esto, filmando estas películas que vendo a precios increíbles... ¿Cree que éstos son mis únicos clientes? ¡Hay más, muchísimos más! ¡En todo el mundo! ¿Y sabe por qué? ¡Porque en el fondo, todos somos unos bestias, unos asesinos, unos... seres despreciables! Nuestro comportamiento es sólo superficial, producto de una determinada educación... Pero ofrezca a estas «exquisitas» personas la oportunidad, y los verá convertidos en fieras

—Está loco... ¡Usted y ellos están locos! Hay en el mundo gente de verdad encantadora, que jamás haría esto... ¡Ustedes son seres aparte, son verdaderos monstruos, no tienen nada que ver con el género humano!

—Amigo mío, cuando los placeres más o menos naturales se agotan, surge la necesidad de buscar otros. Hay personas que pagan por ver esto, igual que otras pagan por ver un combate de boxeo... ¿Se da cuenta? ¿Por qué ofrecerles boxeo y no muerte?

—¡No, esp...! —empezó a gritar Chesney.

Pero una de las hachas ya había bajado, con fuerza terrible, y la cabeza del amigo de Daisy Vallance saltó de un modo espeluznante, rebotó, rodó, y fue a quedar de modo que la pelirroja pudo verla, a su izquierda. Su grito de terror se mezcló a los rugidos de los espectadores, que comenzaron a aullar que también a ella la decapitasen, o que le cortasen las piernas, o los brazos, o que le abriesen la cabeza en dos...

La persona más afortunada allí fue Beryl Littman, sin duda alguna: se desmayó, por fin, lívida como un cadáver. Chesney dio un tirón tan fuerte de sus brazos que consiguió soltar uno, y lo utilizó para lanzar un golpe hacia los dos hombres que todavía sujetaban el otro.

Acertó al que había sido el gorila, y que era realmente un sujeto gigantesco. Pero no le sirvió de nada. En seguida, los otros cayeron sobre él, derribándolo, y aplastándolo con su peso...

—¡La cabeza, la cabeza, la cabeza...! —pedía la gente encantadora del Fair Play Club.

Y Chesney supo que la cabeza de Daisy Vallance, sin más ceremonias ni torturas, había rodado por el escenario cuando el rugido de placer se hizo más fuerte, más intenso. Las sillas crujían, estaban siendo aplastadas por la gente encantadora, que corría hacia el escenario...

—¡Tengo la cabeza! —Oyó una voz de mujer—, ¡La tengo, miradla!

La suya le daba vueltas a Abel Chesney. Se sentía como aplastado, sofocado; apenas podía respirar. De nuevo intentó desasirse, pero la masa que tenia encima era mucho más fuerte y pesada que él. Vio un pie por encima de su cabeza..., y al mismo tiempo, le pareció que, lejano, sonaba el silbato policial.

Un instante después, aquel pie enorme caía sobre su frente, y le aplastaba la cabeza contra el suelo.

Eso fue todo.

* * *

—¿Cómo se siente?

Había abierto los ojos, y en seguida oyó la voz. Una voz conocida, desde luego. Giró la cabeza, y vio al superintendente Mc Graw, alto, enorme, altísimo.. Se dio cuenta de que estaba en una cama, y que Mc Graw, de pie a su lado, parecía un gigante.

—Bien... —susurró—. Bien, señor.

—Bueno, no tan bien, me parece a mí... —sonrió Mc Graw—, Tiene una brecha así de grande en la parte posterior de la cabeza, tres costillas rotas, y luxación en el codo izquierdo, aparte de multitud de pequeños hematomas en todo el cuerpo. Pero al menos, salió con vida de aquel lugar...

Los ojos de Chesney se desorbitaron, y efectuó un movimiento para incorporarse, gritando:

—¡La señorita Littman...!

El dolor que sintió en la cabeza, el codo, las costillas y en general en todo el cuerpo le dejó sin voz, y cayó nuevamente de espaldas, desencajado el rostro.

—La señorita Littman está mejor que usted —dijo Mc Graw—. Ella sólo sufrió pequeñas magulladuras; al parecer, la pisotearon antes de que nosotros llegásemos allá abajo, después de... «convencer» al mayordomo para que nos dijese dónde estaban ustedes. Abel: me pregunto qué habría sido de ustedes si no hubiese llamado a Londres desde el pueblo antes de entrar en el castillo.

—Creo... creo que ella y yo estaríamos haciendo ahora de... protagonistas de cualquier filme de ésos... ¿De verdad ella está bien?

—Ya le digo que mejor que usted. Y en su casa, mientras que usted está en nuestra clínica.

—¿Qué... qué pasó allá abajo?

—Se lo explicaré en otro momento —se estremeció Mc Graw—. Pero sepa que todo lo referente al Fair Play Club ha quedado desarticulado. En cuanto a las personas que acudían a ese local..., la justicia se encargará debidamente de ellas. Muchacho, gracias a su intuición se ha descubierto la más extraña y espantosa faceta del negocio cinematográfico...

—¿Y Hocking?

—Ese no supo dar su brazo a torcer, y está ahora en el cementerio. Pero tenemos su archivo de todos los filmes que...

—¿En el cementerio? Pero..., ¿cuánto hace que pasó todo eso, señor?

—Tres días. Su cabeza no es tan dura como la de los héroes de películas, amigo mío.

—Si hubiese sido un héroe de película, ni siquiera habría pedido ayuda —

sonrió amargamente Chesney.

—Bueno, puede que usted no sea un héroe tal como se entiende en las novelas y en el cine, pero, es un policía inteligente y precavido: y yo no les pido más a mis hombres. Ahora, descanse. Y si no hay complicaciones, dentro de un par de días podrá instalarse en su apartamento...

# ESTE ES EL FINAL

Abrió la puerta del apartamento, tras haber llegado allá con paso no muy firme, pues le dolían las costillas todavía, y le molestaba lo Indecible su brazo izquierdo inmovilizado. Además, el turbante de vendas le tenía de mal humor...

—Señorita Littman...

—Buenas tardes, inspector Chesney. ¿Puedo pasar?

—Pues..., sí. Sí, claro. Bueno, el apartamento...

—Me imagino muy bien cómo puede tener el apartamento un hombre que vive solo y que además, está herido. Son para usted.

Puso en la mano de Chesney el ramo de flores, acabó de entrar, y cerró la puerta. Abel miraba, rojo el rostro, el ramo de flores.

—Vaya... Muy amable, señorita Chesney..., digo señorita Littman... ¡Qué tontería confundir...!

—A lo mejor, usted se pasa el tiempo pensando en que yo pueda llamarme Chesney, y de ahí la confusión —sugirió ella.

—Pu... pues, bueno, como... como teoría, resulta... admisible, sí, desde luego...

—¿Teoría? ¿No ha pensado en mí? ¿En ningún momento?

—No sé... No recuerdo.

—Oh, vamos, Abel...

—¿Qué...? Quiero decir, ¿cómo está? ¿Se encuentra usted bien?

—Perfectamente, gracias.

—Me alegro... Espero que lo de su tío no la deprima...

Quiero decir que cada persona es cada persona... O sea, que lo que haga el tío de uno, pues... no es cosa de uno. O sea...

—Si está temiendo que yo pueda... heredar el gusto por las diversiones de mi tío y sus consocios del Fair Play Club, olvídelo. Y no soy persona fácilmente asequible a los traumas.

—Me alegro mucho, de veras... Bueno, además, con tanto dinero como va a tener usted ahora, no dudo que encontrará diversiones mucho mejores que... que...

—Ya he encontrado una diversión estupenda. Y decente.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Por ejemplo, llamar tonto a un policía listo..., que no se dio cuenta de que me enamoró en cuanto apareció ante mí. Y además de eso, besarlo hasta... hasta que se me gasten los labios...

—Ejem... A mí, francamente, me parece una diversión... estupenda. Y, claro, puede empezar cuando guste...

**FIN**